

SURGIERON TRAS LA TORMENTA



FRANK MARA

SURGIERON TRAS LA TORMENTA

FRANK MARA

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

© 2023 Frank Mara

Imagen de portada: StockSnap en Pixabay. "De uso gratuito".

Para los peces vivos que no se dejan llevar por la corriente

CAPITULO I

TRES AÑOS DESPUÉS DEL APOCALIPSIS

El viajero se movía a paso lento pero constante mientras oteaba el horizonte con los ojos entrecerrados, casi ocultos bajo un sombrero de cowboy. Cada dos o tres minutos volvía la vista atrás. Estaba acostumbrado a vivir en permanente estado de alerta. Nunca sabes quien te puede estar siguiendo o quien puede aparecer de repente a un lado del camino.

Enormes matorrales y plantas invadían los laterales de la carretera, obligando al viajero a caminar la mayor parte del tiempo sobre el asfalto. Por algunas grietas del pavimento afloraban todo tipo de plantas, mostrando la fuerza con la que la naturaleza es capaz de resurgir, reclamando todo lo que antaño fue suyo. Era asombroso como había cambiado todo en tan solo tres años desde el desastre. Se preguntó cuanto tiempo tardarían la tierra, el polvo y las plantas en engullir aquella carretera hasta hacerla desaparecer como si nunca hubiera existido. No demasiado, probablemente.

El viajero subió una larga cuesta y llegó a un repecho por cuyo lado izquierdo descendía un pequeño terraplén. Entonces escuchó unos gritos. Aguzó la vista durante unos segundos hasta descubrir un pequeño coche volcado y a su lado una mujer arrodillada que gritaba y lloraba. «¡Ayuda por favor, mi marido está atrapado!». El viajero la miró unos segundos antes de volverse y continuar su camino. Casi con toda seguridad era una trampa. Así actuaban los bandidos para atrapar incautos. En aquellos tiempos no había lugar para la compasión. La clemencia te hacía débil, y los débiles morían pronto. Aunque realmente se tratase de una persona en apuros, darle una parte de tu comida o detenerte para darle asistencia médica suponía poner en grave riesgo tu vida. Así pues, el viajero hizo lo que hacía siempre, continuar su camino como si no hubiera escuchado nada. Apretó el paso y desenfundó la pistola mientras miraba alrededor, temiendo ser objeto de una emboscada. Por fortuna no sucedió nada y al cabo de varios minutos pudo respirar con tranquilidad.

Empezó a ocultarse el sol y el viajero se apartó de la carretera para buscar un lugar donde pasar la noche. Se adentró en el bosque hasta localizar un claro donde encender una pequeña hoguera y preparar algo de cena. Soltó un suspiro de alivio al quitarse la mochila y empezó a recoger pequeñas ramas. Estaba deseando descansar y calentarse. Faltaban unas semanas para el invierno, pero el frío parecía haberse adelantado. De pronto escuchó un crujir de ramas a su espalda y se volvió. Delante tenía a un tipo rubio, delgado y desaliñado que vestía una vieja cazadora tejana y unos sucios pantalones de pana.

—No te asustes —sonrió el extraño—. No busco problemas, solamente quiero calentarme un rato junto a tu fuego. ¿Ibas a hacer un fuego, verdad?

—No deseo compañía —respondió el viajero con tono frío, mientras mantenía la mirada fija en el desconocido.

—¡Oh, vamos! Hace un frío de mil demonios. ¿Qué sentido tiene que no podamos compartir una hoguera?

La única respuesta del viajero fue empezar a bajar lentamente su mano derecha hacia la

pistola que colgaba de su cinturón, sin soltar las ramas que cargaba con su otro brazo.

—Ni se te ocurra tocar eso —la orden llegaba desde su espalda.

Se volvió y pudo ver a un segundo hombre que le apuntaba con una escopeta. Era más corpulento que el otro, con barba oscura y ropa de leñador. Lamentó haberse dejado sorprender de esa manera. No eran aficionados. Sin duda llevaban mucho tiempo asaltando a la gente.

—Nos has hecho caminar mucho —retomó la voz el tipo delgado mientras se acercaba y le quitaba la pistola—. No te paraste a ayudar a la señora y eso nos ha complicado el trabajo.

—Gregor, abre la mochila. A ver que tenemos —ordenó el de la escopeta.

—No busco problemas. Coged lo que queráis y marchaos.

—No buscas problemas, pero parece que los problemas te buscan a ti —dijo entre risas Gregor mientras se agachaba para abrir la mochila—. Eh, vaya, vaya, tienes de todo. Una linterna, pilas, cuchillos, mechero... ¿Y esto qué es? ¡Guau, carne!

Levantó una bolsa de plástico con varias piezas de carne conservadas en aceite para que la viera su compañero. Ambos rieron satisfechos. El registro continuó hasta vaciar completamente la mochila.

—Eso es todo —dijo ligeramente decepcionado el rubio llamado Gregor.

—Bueno, no está mal. Guárdalo todo y nos lo llevamos. Ahora voy a cargarme a este.

—Tengo más —dijo el viajero sin perder la compostura.

—¿Más qué? —respondió el barbudo mientras le apretaba los riñones con el cañón de la escopeta.

—Más cosas. Comida. Herramientas. Armas. Ropa...

—¿Nos tomas por idiotas? ¿Dónde tienes todo eso?

—Tengo un escondite muy cerca de aquí. Es hacia donde me dirigía. Llevo almacenando cosas desde que empezó todo esto. Tengo provisiones para varios meses. Si os interesa es todo vuestro, tan solo os pido que me dejéis marchar cuando os lo entregue.

Los dos hombres se miraron.

—¿Tú que piensas Roger?

—Me suena a cuento. Voy a cargarme ahora a este *hijoputa*.

—¡Espera! ¿A que distancia está ese escondite?

—A media hora de aquí. Menos si nos damos prisa.

Los dos hombres se consultaron con la mirada una vez más, hasta que el de la escopeta, que parecía el jefe, sentenció:

—Cachéale y asegúrate de que no lleva más armas.

El otro obedeció mientras el viajero levantaba los brazos en cruz para facilitar el trabajo.

—Está limpio.

—Bien —dijo Roger mientras bajaba la escopeta—. Coge la mochila y llévanos hasta allí. No hagas ningún movimiento extraño o...

El bandido se interrumpió al oír un extraño *click* mientras el viajero empezaba a agacharse. De repente se volvió a una velocidad endiablada con el puño hacia adelante. Al de la escopeta solo le dio tiempo de ver algo metálico y brillante encima de aquel puño que se dirigía hacia él. Un instante después algo afilado le atravesaba la garganta.

Gregor se quedó mudo al ver como el hasta entonces inofensivo viajero tiraba de su brazo derecho hacia atrás, dejando que su amigo cayera como un fardo, mientras de su garganta empezaba a brotar un manantial de sangre. Al volverse de nuevo hacia él, el bandido pudo ver la afilada cuchilla cubierta de sangre que había aparecido desde debajo del guante de lana raída que llevaba puesto en su mano derecha. En la otra mano brillaba otra idéntica. Entonces se dio cuenta

de que aquel hombre no era tan inofensivo, ni probablemente tan viejo como parecía denotar su canosa y desaliñada barba.

—¡Eh, tío! No voy armado. Yo no quería hacerte nada. Ha sido cosa suya... —balbuceó el bandido.

—Demasiado tarde —dijo el viajero.

Un rato después la hoguera crepitaba en medio del bosque y la oscuridad. El viajero se había quitado sus guantes y limpiado las hojas ensangrentadas con un paño viejo que después arrojó al fuego. Miró las dos hojas retráctiles sobre sus muñecas y trató de recordar cuantas veces le habían salvado la vida durante aquellos tres años. Muchas, sin duda. Cada una de ellas era una simple navaja común con resorte soldada a una muñequera metálica recubierta de tela, y oculta bajo unos guantes sin dedos que llevaba tanto en verano como en invierno. Nadie sospechaba nunca que bajo esos viejos guantes se ocultasen tan mortíferas armas. Aquel mundo se había vuelto tremendamente hostil y peligroso, por lo que toda protección era poca.

Mientras sujetaba encima del fuego una rama cuyo extremo atravesaba una pieza de carne, el cansado viajero llamado Travis Sanders no pudo evitar sumirse en sus pensamientos, y rememorar una vez más, como empezó todo aquello hacía ya tres años que a él se le antojaban toda una vida.

CAPITULO II

EL INICIO DEL APOCALIPSIS

Travis Sanders contemplaba atónito las imágenes que emitía su televisor. La noticia que relataba el informativo resultaba difícil de creer. Se habían producido varios ataques a la población mediante salvajes mordiscos por parte de sujetos afectados por una extraña infección, la cual les había provocado un estado de locura y salvajismo descontrolado. Se habían dado casos en distintas ciudades y poblaciones de Virginia, Kentucky e Indiana. Algunas escenas de los ataques se emitían pixeladas debido a la terrible violencia y crudeza de las imágenes. Las autoridades aconsejaban a la población que hiciera vida normal y que no se dejaran llevar por el pánico. Únicamente en las poblaciones afectadas se había establecido un toque de queda para que la gente no saliera de sus casas mientras la situación no estuviera plenamente controlada. Sería cuestión de un par de días, avisaron.

Travis evitó alarmarse en exceso pese a que los primeros casos se habían dado en Richmond, ciudad perteneciente al Estado de Virginia donde él vivía. Tenía su casa en las afueras de Penny Hill, un pequeño pueblo rural bastante alejado, por lo que a priori aquello no tenía por qué afectarle.

Al día siguiente despertó temprano, intranquilo. Mientras se preparaba un café cargado encendió el televisor y aparecieron nuevamente en directo las imágenes de otro suceso. Una reportera hablaba para las cámaras delante de un enorme vallado compuesto de estacas unidas por alambre de espino que la policía había colocado a la entrada de un pueblo. Había sido declarado en cuarentena debido a la gran cantidad de personas que se habían visto afectadas por aquella extraña enfermedad similar a la rabia. Durante casi una hora Travis estuvo atendiendo ensimismado a aquella crónica que relataba una situación tan sorprendente como preocupante. Los contagios parecían haberse extendido hacia otros Estados con sorprendente rapidez, y dentro de Virginia los pueblos afectados eran ya bastante numerosos. Escuchó que citaban Montiquello, una ciudad a tan solo cincuenta millas de Penny Hill. La extraña epidemia se estaba acercando peligrosamente. De nuevo los reporteros pedían que no cundiera el pánico y que la gente que viviera cerca de las zonas afectadas permaneciera en sus casas hasta nuevo aviso.

Travis se alegró de vivir en una cabaña alejada del pueblo. Aunque estaba cerca de una carretera con bastante afluencia de tráfico, no tenía otras viviendas cerca y nadie solía acercarse por allí, salvo que vinieran a visitarle expresamente. Era poco sociable. No se sentía cómodo entre la gente y odiaba las multitudes, ya fuera en actos sociales, festejos o meras reuniones familiares. Había cierto grado de timidez en aquella actitud que era interpretada muchas veces de forma errónea como desdén o altanería. Tan solo le gustaba estar tranquilo, disfrutar de la paz y de la naturaleza, aunque seguía bajando con frecuencia al pueblo para realizar sus compras, donde todavía conservaba un par de buenos amigos con los que quedaba de vez en cuando para echar un trago. Precisamente esa especie de fobia social le había ocasionado recientemente perder su empleo. Debido a la crisis habían tenido que recortar plantilla en la empresa del sector metalúrgico donde trabajaba y él había sido de los primeros en caer. Estaba convencido de que

su perfil discreto, ajeno a los corrillos y a los dimes y diretes, junto con el hecho de no tener a ningún amigo entre la dirección, le habían colocado en el disparadero.

Cayó la noche. Encendió su portátil para matar el tiempo a la espera de que el sueño le invadiera. No estaba registrado en ninguna red social, ya que era muy reticente a exponer su vida privada. Tan solo de forma esporádica participaba en algún foro de forma anónima. Fue en uno de estos foros en el que leyó el título de un hilo que advertía: “MANTENEOS ALEJADOS DE LA LLUVIA”. Con cierta curiosidad entró a leer el contenido y vio que enlazaba con un vídeo que alguien había publicado unas horas antes. En las imágenes, un hombre de unos veinticinco años afirmaba que varios amigos suyos se habían contagiado de aquella extraña “rabia” a la salida de una fiesta cuando se vieron sorprendidos por una extraña tormenta. Aseguraba haberse librado del mismo destino por haber estado enfermo y no haber podido salir aquella noche. Todo era culpa de esa maldita lluvia.

Aquello no tenía mucho sentido, pensó Travis. Siempre que ocurría algún desastre aparecía gente dispuesta a elucubrar enrevesadas teorías conspirativas. No le dio mayor importancia y decidió irse a la cama.

A la mañana siguiente cayó en la cuenta de que necesitaba provisiones. Ya hacía seis días desde la última vez que había ido a la tienda de comestibles y su nevera empezaba a estar vacía. Si debía permanecer en casa durante unos días como recomendaban las autoridades iba a necesitar víveres. No sabía para cuánto tiempo, ¿dos días?, ¿tres?, ¿una semana? En cualquier caso, ya que la salida era inevitable, lo prudente era hacerlo ahora, cuando la epidemia todavía se encontraba lejos. Cuanto más tiempo esperase, más aumentaría el riesgo. Así pues, se puso unos tejanos, una camisa de leñador y se calzó las botas. Cuando se disponía a salir de casa le sobresaltó el estruendo de un trueno resonando en el exterior. Se asomó a la ventana y vio un cielo totalmente gris que amenazaba con una tormenta inminente. Decidió que era mejor esperar, ya que el estrecho y abrupto camino desde la cabaña hasta la carretera principal se ponía bastante peligroso con la lluvia. Tampoco le apetecía mojarse. Iba a caer una buena.

No pasaron más de cinco minutos hasta que de forma brusca el cielo descargó todo su rabia. Travis se asomó de nuevo a la ventana para ver la lluvia salvaje en el exterior. A pesar de la poca luz, pudo percatarse de que había una especie de neblina a escasos centímetros del suelo, como si el agua empezase a evaporarse nada más tomar contacto con la tierra. Aquello sí era extraño. No recordaba haber visto nunca algo así. La tormenta duró apenas quince minutos, tras la cuales el cielo se abrió y el sol volvió a brillar. No parecía que fuese a llover de nuevo, así que era el momento adecuado para acercarse al pueblo antes de que se hiciera más tarde. Se puso su viejo chaquetón marrón oscuro y salió de casa cerrando la puerta tras de sí. Una vez fuera se fijó en que los charcos que había dejado la lluvia tenían un ligero tono azulado. Aquello también era extraño. Sintiendo un poco ridículo empezó a dar saltos para evitar hundir el pie en los charcos, a pesar de que llevaba unas botas que le impedían mojarse al pisarlos. Aquel tipo del vídeo había conseguido meterse en su cabeza y se sentía estúpido por ello. Tratando de olvidarse del asunto arrancó su vieja camioneta, la cual empezó a traquetear en cuanto tomó el angosto camino que llevaba hacia el pueblo.

Travis estacionó en el pequeño parking descubierto justo enfrente del establecimiento de comestibles, y se dirigió hacia la puerta de entrada. Todo parecía muy tranquilo por allí. No había gente paseando por las calles, aunque eso no era extraño a esas horas del mediodía, cuando la mayoría de gente debía estar comiendo o preparando la comida. Mientras caminaba miraba alrededor, como si esperase que en cualquier momento apareciese un loco soltando espuma por la boca y corriendo en su dirección. «No seas ridículo, has visto demasiadas películas», pensó

esbozando una sonrisa.

La puerta automática del establecimiento se abrió al detectar la presencia de Travis. En el interior tampoco había presencia humana. Miró al mostrador para saludar a Lucille, la propietaria del comercio, pero no estaba. Debía estar ocupada en la trastienda, así que cogió un carro y empezó a seleccionar su compra. Pensaba llenar al menos un par de ellos. No sabía cuanto tiempo tendría que permanecer en casa mientras durase aquella extraña epidemia, por lo que más le valía hacer un buen acopio de provisiones si no quería tener que arriesgarse con otra salida antes de lo previsto. Puesto que necesitaba casi de todo empezó a cargar lo que iba encontrando al paso: botes de legumbres, latas de comida precocinada, congelados, cervezas...

De pronto escuchó un extraño ruido. Era como el gruñido de un perro cuando se siente amenazado. Travis miró alrededor esperando encontrar algún animal que se hubiera colado en la tienda, pero no veía ninguno. Sin embargo, aquel gruñido se seguía oyendo de forma persistente, cada vez más claro. De vez en cuando se interrumpía y continuaba a los pocos segundos. Travis agudizó el oído y finalmente llegó a la conclusión de que el sonido venía de detrás del mostrador. El animal que fuese debía estar allí, aunque no recordaba que Lucille tuviera ningún perro, y menos dentro de la tienda. Decidió acercarse al mostrador lentamente para ver cuál era la causa de aquellos extraños gruñidos. Al llegar a su altura, apoyó las manos sobre el mostrador y adelantó lentamente la cabeza para ver qué había detrás. Un olor metálico le invadió al mismo tiempo que un escalofrío de terror le recorría todo el cuerpo. En el suelo, sobre un enorme charco de sangre, estaba Lucille totalmente mutilada y desfigurada. Un tipo agachado sobre ella mordía su costado ansiosamente, arrancando grandes jirones de carne. A pesar de su aspecto humano, los movimientos de aquel tipo y la fuerza de sus tirones al arrancar la carne recordaban más a un animal salvaje que a una persona. Era un espectáculo dantesco. Demencial. Aterrador.

A pesar del pánico, Travis consiguió mantenerse en silencio y empezó a caminar lentamente hacia atrás. Aquella bestia no le había visto, así que si no hacía ningún ruido podría marcharse vivo de allí. Continuó retrocediendo por el pasillo sin apartar la vista de aquel mostrador. Entonces oyó un “CLANK” detrás de él que le dejó completamente helado. Había tropezado con el carro que había dejado atrás y este a su vez había golpeado una de las estanterías metálicas provocando aquel sonido que le había parecido estruendoso. Se quedó parado, aguantando la respiración y rezando mentalmente para que aquel ser repugnante no lo hubiese oído. El gruñido animal dejó de oírse. Durante varios segundos se hizo el silencio hasta que Travis vio una cabeza diabólica asomar lentamente detrás del mostrador. La sangre de su víctima bañaba todo el rostro deformado por una mueca de locura en cuyo centro destacaban unos ojos inyectados en sangre que le observaban llenos de odio.

Lentamente Travis se colocó detrás del carro sin apartar la vista de aquel cruce entre hombre y bestia que le vigilaba, casi sin moverse como un depredador que no quiere asustar a su presa. ¡Como si aquel rostro endemoniado y bañado en sangre no fuese suficiente para asustar a cualquiera! La adrenalina se disparó en su interior, totalmente sabedor de que iba a tener que luchar por su vida frente a un enemigo al que no se veía con ninguna posibilidad de vencer. De pronto, aquel hombre enloquecido saltó sobre el mostrador con pasmosa facilidad y una fracción de segundo después volvió a saltar en dirección a Travis, quien al verse atacado sujetó con fuerza el carro frente a él como si fuera un escudo protector. Durante unos instantes aquel ser se detuvo frente al carro, mostrando sus fauces abiertas y ensangrentadas. Travis sabía que solo tenía un momento antes de que el monstruo saltara sobre el carro y cayera sobre él, así que de manera instintiva estiró su brazo derecho y cogió una de las muchas latas de guisantes que reposaban en la estantería y la estampó con toda su fuerza en la cara del hombre arrancándole un par de piezas

dentales que volaron por los aires. El hombre quedó confundido por un instante que Travis aprovechó para asestarle un segundo y tremendo latazo en la sien. Aquel terrorífico ser cayó a cuatro patas, completamente aturdido. El primer pensamiento de Travis fue salir corriendo, pero al instante llegó el segundo: *“te atraparé”*. Así que controlando el pánico volvió a levantar la lata manchada de sangre y con tremenda fuerza la dejó caer nuevamente sobre la cabeza del monstruo que rebotó contra el suelo. Golpeó una y otra vez, mientras dejaba escapar gritos de rabia y terror. Estuvo golpeando hasta que en uno de los golpes la lata se le escurrió de la mano y cayó desapareciendo debajo de una de las estanterías. Afortunadamente, pudo observar entonces que su enemigo estaba muerto. Seguía de rodillas, pero su cabeza estaba literalmente aplastada contra el suelo, convertida en una pulpa morada y sanguinolenta.

Travis retrocedió en dirección a la entrada, pero entonces recordó lo que le había llevado hasta allí. Volvió a sujetar el carro y empezó a llenarlo a toda prisa, sin prestar atención a lo que cogía. Debía volver a casa, cerrar todo con llave y no volver a salir hasta estar bien seguro de que aquella pesadilla había terminado.

Tardó menos de un minuto en llenarlo y salió corriendo en dirección a su camioneta mientras algunas latas y bolsas se iban cayendo debido al traqueteo. Al llegar volcó todo el contenido en la parte trasera. Aquello era mucho menos de lo que tenía previsto llevarse, pero no se atrevió a volver de nuevo y exponerse a que algún otro loco apareciese por allí. Salir ileso de aquel enfrentamiento había sido un pequeño milagro y no estaba dispuesto a tentar de nuevo a la suerte. Así pues, empujó el carro vacío lejos del vehículo y dirigió sus pasos hacia la puerta del conductor. Le temblaban las manos mientras un sudor frío empapaba todo su cuerpo. De pronto se detuvo. En una de las calles que convergían con la plaza había un hombre parado que lo miraba. Travis se sobresaltó y trató de identificar si era uno de esos seres, lo cual constató enseguida, pues al cruzarse sus miradas el hombre empezó a correr hacia él a una velocidad endiablada mientras emitía salvajes gruñidos de rabia.

Travis abrió la puerta del conductor a toda prisa y una vez dentro la cerró mientras se apresuraba a introducir la llave en el contacto. Sin embargo, algo tan sencillo se vuelve tremendamente complicado cuando te tiembla la mano por el pánico como si fueras un enfermo de parkinson. *«Tranquilízate, estás a salvo, no creo que ese demonio sepa como abrir una puerta»*, pensó un segundo antes de que la cabeza de aquel ser atravesara el cristal, destrozándolo por completo. Travis dio un salto al asiento del acompañante buscando mantenerse a distancia de los mordiscos y manos semejante a garras de aquel hombre que parecía poseído por un demonio. El infectado intentaba colarse dentro de la cabina mientras se destrozaba los antebrazos y el pecho con los restos del cristal que él mismo había reventado. Una enorme brecha en su frente a causa del impacto dejaba caer un reguero de sangre dentro del vehículo. Los rugidos de rabia, la horrible cabeza bañada en sangre que se movía entre convulsiones, los brazos estirados llenos de cortes... aquella escena era la representación viva del horror, la locura y el odio más extremos.

Travis empezó a patear la cara de su agresor con fuerza, intentando expulsarlo del vehículo, pero sus golpes no parecían causar efecto. El ser parecía inmune al dolor y no cejaba en su empeño de atraparlo, lo cual consiguió cuando cazó el pie de Travis en el momento en que descargaba una de sus patadas. Acto seguido lo mordió con fuerza. Travis sintió una enorme presión en el pie, como la mordedura de un perro salvaje, pero por fortuna su bota era lo suficientemente gruesa como para protegerle. El hombre enloquecido empezó a tirar de la pierna tratando de arrastrar a su presa. En cuanto se sintió violentamente arrastrado hacia fuera, Travis se agarró desesperado al asidero de la puerta contraria e intentó con todas sus fuerzas atraer hacia

sí la pierna atrapada. A pesar de que las manos que le apresaban parecían una tenaza, su pie se deslizó fuera de la bota y el infectado cayó de espaldas en el suelo víctima de su propia inercia mientras seguía aferrando una bota ahora vacía.

Travis se irguió sobre el asiento y colocó la llave en el contacto rápidamente, consciente de que apenas tenía unos segundos antes de que aquel loco volviera a atacar. El motor rugió con fuerza. Introdujo la marcha atrás y el vehículo retrocedió varias decenas de metros hasta que chocó contra otro de los vehículos estacionados. Travis pudo ver frente a él de nuevo al hombre que ya se había incorporado y que volvía la mirada en su dirección. Por un momento pensó en atropellarlo y acabar con la amenaza, pero en última instancia se detuvo. Bajo aquel aspecto de bestia salvaje poseída por la locura, seguía habiendo una persona inocente que no tenía ninguna culpa de lo que le había pasado. Y era posible que tuviese alguna esperanza de cura. Sin embargo, un instante después pensó en el peligro que suponía dejar vivo a aquel monstruo y en la cantidad de personas a las que podría asesinar o contagiar. Con este pensamiento en la cabeza apretó el pedal con rabia y se abalanzó sobre aquel monstruo al que ya no le quedaba ningún atisbo de humanidad, golpeándole y pasándole por encima.

Mientras se alejaba de la plaza, miró por el espejo retrovisor el cuerpo que yacía tumbado, incapaz de adivinar si estaba vivo o muerto.

CAPITULO III

ATRAPADO

Los siguientes días fueron frenéticos para Travis. Buena parte del tiempo lo pasaba mirando informativos de televisión, esperando y rogando para que en cualquier momento empezasen a aparecer buenas noticias. Pero nunca era así. Al contrario, el caos era cada vez más generalizado. Mucha gente intentaba salir de las ciudades, lo que hacía colapsar las carreteras y autopistas, convirtiendo esas rutas de escape en trampas mortales para los conductores y sus familias. Travis se dio cuenta de que los informativos evitaban mostrar escenas demasiado cruentas, probablemente para no provocar todavía más pánico. Aunque a veces se podían ver imágenes de los infectados, nunca eran ataques tan crudos y salvajes como los que le había tocado vivir a él en Penny Hill.

Con el paso de los días los informativos fueron desapareciendo de algunas cadenas, lo que sin lugar a dudas no significaba nada bueno. A todas horas emitían películas o música y la información era lanzada con cuentagotas, de forma cada vez más confusa. Finalmente casi todas las cadenas dejaron de emitir. Era evidente que la situación se le había escapado de las manos al gobierno. El caos debía ser extremo si hasta las principales cadenas habían perdido la señal. Travis se alegró de vivir en las afueras y desde el primer momento decidió que permanecer en casa era lo más seguro. Si dosificaba bien la comida podía aguantar varias semanas. Solo tenía que parapetarse allí hasta que todo acabara. Reforzó puertas y ventanas bajas con maderos y usó los restos de ladrillo de una obra anterior para construir un doble muro en el sótano donde ocultar la mayor parte de su comida. Necesitaba armas. Tenía cuchillos, un hacha e incluso un viejo rifle Winchester herencia de su padre. Pero aquello no era suficiente. Necesitaba algún tipo de arma que pudiera llevar siempre encima y que no le pudieran arrebatar. No podía arriesgarse a ser sorprendido por uno de esos demonios como le había pasado en el supermercado días atrás. Tras darle muchas vueltas y aprovechando su afición a la mecánica, bajó al sótano donde tenía gran variedad de herramientas y se puso manos a la obra. Una idea había tomado forma en su cabeza. Necesitó día y medio de dedicación completa para fabricar una especie de guanteletes metálicos en cuyo dorso soldó una navaja automática que sacaba y escondía su hoja mediante un pequeño resorte. Después recubrió con tela ambos artefactos para no dañarse las manos con el roce del metal y mantenerlos ocultos. Aquello le daba una gran tranquilidad. Esperaba no tener que usarlas, pero si volvía a tropezarse con alguno de aquellos monstruos no estaría indefenso.

Pronto se dio cuenta de que los infectados no eran el único peligro. En los últimos días, varias personas se habían acercado a su casa huyendo del pueblo. A los primeros les dio algunos víveres para que pudieran continuar su camino. Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que no podía seguir entregando su comida a extraños. Su refugio de poco le serviría si se quedaba sin alimentos. Por este motivo decidió dejar de ofrecer ayuda a aquellos que llamaban a su puerta. En su mente empezó a formarse la inquietante idea de que tarde o temprano llegaría alguien que no admitiría un no por respuesta, ni se detendría ante una puerta cerrada.

El timbre de la verja sonó con insistencia. Travis lo ignoró como de costumbre, pero los timbrazos cada vez sonaban más seguidos. Se acercó a la ventana desde el primer piso y miró hacia fuera de manera furtiva. Eran tres hombres jóvenes. Dos esperaban delante de la verja, mientras que un tercero ya se había colado dentro de la finca e inspeccionaba la fachada de la casa, probablemente buscando la mejor forma de acceder al interior. Travis supo al instante que se encontraba en problemas.

—¿Qué queréis? —gritó dejándose ver en la ventana.

—Buscamos refugio y comida, si es posible —dijo el que parecía llevar la voz cantante. Era un tipo rubio, alto y delgado, que mostraba una sonrisa amplia que transmitía de todo menos confianza.

—No tengo nada. Todos los días pasa gente por aquí pidiendo comida y ya he repartido todo lo que tenía.

—Muy bien, entonces compartiremos nosotros contigo lo que nos queda —dijo con socarronería el otro que estaba detrás de la puerta. Un tipo con perilla, bajito pero corpulento.

El que se había colado y parecía el más joven de los tres miraba de un lado hacia otro sin decir nada, consciente de que más le valía pasar inadvertido.

—Entiendo la desconfianza —volvió a hablar el primero— pero hemos visto cerca a uno de esos malditos infectados. No es seguro que hablemos aquí.

Travis permaneció un rato en silencio. Sabía que no era buena idea dejar entrar a esos hombres, pero también estaba seguro de que no iban a aceptar una negativa por respuesta.

—Lo siento chicos, no puedo ofreceros nada. Será mejor que sigáis vuestro camino —dijo finalmente. Acto seguido cerró la ventana para dejar claro que daba por concluida la conversación.

Los tres forasteros permanecieron en el mismo sitio hablando por lo bajo. No parecía que tuvieran intención de marcharse. Aquello se ponía complicado. En una situación normal hubiese sido el momento de llamar a la policía, pero los teléfonos llevaban varios días sin funcionar y no había forma de contactar con las autoridades, si es que todavía seguían existiendo.

Travis fue a buscar su viejo Winchester rezando para que a su regreso aquella gente se hubiera marchado. Por el camino se convenció de una idea que llevaba varios días bailando en su cabeza. Su casa había dejado de ser segura. El hecho de estar aislada era lo que le había llevado a adquirir aquella casa muchos años atrás. Estaba en un lugar de paso, junto a la intersección de la carretera de Burham a Montiquello desde donde nacía la carretera hacia Penny Hill. Era un buen lugar donde vivir tranquilo en una época normal, pero en aquella situación, con tanta gente desesperada huyendo a través de la carretera, su casa se había convertido en un lugar de paso incómodamente visible.

De regreso se parapetó junto a la pared a un lado de la ventana con su arma apretada contra el pecho. Acto seguido se asomó discretamente a través de los cristales. Ahora eran seis los hombres que aguardaban junto a la entrada, cuatro fuera y dos dentro. Los que se encontraban frente a su porche señalaban la fachada y parecían discutir sobre cuál era el mejor punto para acceder al interior. Travis soltó una maldición. ¿De dónde habían salido esos otros tres hombres? Posiblemente ya estuvieran antes, escondidos a la espera de que él abriera a sus compañeros para dejarse ver. Un sudor frío le empapó la frente. Se encontraba en franca desventaja. Aquella casa que había considerado un refugio frente a los infectados se podía convertir en una ratonera ante un grupo organizado como aquel.

De pronto un estruendo le hizo dar un respingo. Una piedra acababa de destrozar la ventana a su lado y había caído dentro de la vivienda. Una oleada de rabia se mezcló con una fuerte

opresión en el estómago. Sin dudar se asomó a la ventana rota mientras apuntaba con el rifle hacia los desconocidos.

—Si no os marcháis ahora mismo, empezaré a pegar tiros —dijo en un tono que le impresionó incluso a él mismo—. No lo repetiré dos veces.

Por unos segundos los hombres se quedaron petrificados. Después el rubio que parecía ser el jefe habló de nuevo.

—Te hemos pedido que nos dejaras entrar por las buenas. Ahora nos has obligado a hacerlo por las malas.

—¿Sí? Pues da un solo paso más hacia la casa, por favor. Da un paso más y verás lo que sucede —dijo Travis amenazante. Le apuntaba con el rifle directamente a la cabeza, y parecía dispuesto a cumplir su amenaza. Durante un par de minutos que parecieron una eternidad, ni aquellos hombres ni Travis se movieron un milímetro. Finalmente, el rubio les hizo una señal y todos se alejaron. Travis mantuvo su arma en alto hasta que los vio perderse por el camino. Entonces la bajó y se mantuvo a la expectativa durante varios minutos. Sabía que iban a volver. Solo había ganado algo de tiempo. Aquel lugar ya no era seguro, y menos con aquellos hombres deambulando ahí fuera.

Travis cogió su mochila de montaña y se apresuró a llenarla de todo lo necesario. Sabía que tenía poco tiempo hasta que aquellos hombres volvieran. La idea que le rondaba por la cabeza desde hacía unos días se había consolidado de repente. En un nuevo mundo sin ley ni orden, los derechos individuales habían dejado de existir para ser sustituidos por la ley del más fuerte. Aquella casa ya no era suya si otros podían arrebatársela.

Cargó en la mochila todo lo que le podía hacer falta: cuerdas, comida, ropa, medicinas... Cuando terminó se la colocó a la espalda y abrió la puerta principal dispuesto a marcharse. Solo tenía que llegar hasta su camioneta aparcada frente a la casa. Parecía que aquellos hombres todavía no habían vuelto... ¡BAAAM! Sonó un estruendo y la esquina del marco de la puerta estalló sobre su cabeza, al mismo tiempo que varias astillas se le clavaban dolorosamente en la cara. Cerró la puerta de inmediato sin que le diera tiempo a localizar desde donde había venido el disparo. Aquellos hombres habían vuelto antes de lo previsto. Probablemente nunca se habían marchado realmente. Solo se habían ocultado. Durante unos segundos permaneció petrificado, sin saber hacia donde dirigirse. Seguramente la casa estaba rodeada, y era tan peligroso salir por la puerta como intentar hacerlo por alguna de las ventanas. En cualquier caso sería un blanco fácil. Después de unos segundos de duda recordó la trampilla que daba al tejado. Sin duda era el sitio más seguro por donde salir sin ser visto, aunque después tendría que buscar un lugar por donde bajar. Cualquier cosa era mejor que quedarse en aquella ratonera. Aquellos bandidos ya debían estar buscando la forma de entrar, lo cual no iba a resultarles muy complicado.

Travis subió al pequeño desván y desde allí bajó la escalera plegable que daba al exterior. Subió por ella y se tumbó sobre el tejado para no ser visto. Después se arrastró hacia la parte delantera para localizar a sus atacantes. Vio tres figuras a unos cien metros de la puerta. Hablaban entre ellos y apuntaban de vez en cuando con el dedo hacia la casa. Al menos dos iban armados. Después miró hacia un lado de la casa y localizó a otro hombre. Al otro lado había uno más. Le estaban rodeando. Reptó hacia la parte posterior donde estaba el bosque, pero no fue capaz de localizar al último de los hombres. Cabía la posibilidad de que hubiesen descuidado esa zona al considerar que no podía escapar por allí, ya que la casa no tenía puerta ni ventanas en la parte trasera. Sin embargo no podía estar seguro. No le quedaba más remedio que arriesgarse. Se colgó el rifle a la espalda junto a la mochila y reptó hacia el final del tejado, buscando un sitio por donde bajar. Un canalón que servía para recoger el agua y que descendía hasta el suelo podía

servirle para descolgarse. Se aferró a él y descendió con cuidado. Si se caía y se partía un tobillo quedaría totalmente a merced de esas hienas. Al llegar al suelo permaneció unos segundos sin moverse, temiendo escuchar en cualquier momento un disparo de aquel sexto hombre que había sido incapaz de localizar. En el momento en que empezaba a respirar más tranquilo sonó el temido disparo y sintió como si intentasen arrancarle su mochila tirando hacia un lado con enorme fuerza. Sin embargo no había nadie cerca de él. Había sido la fuerza del proyectil al atravesar su mochila la que le había zarandeado hasta casi hacerle caer. Travis trató de localizar al tirador durante un instante, pero seguía sin poder verlo. Sin duda estaba allí, escondido en algún lugar y preparándose para disparar de nuevo, por lo que empezó a correr de inmediato para no ofrecer un blanco fácil. Tenía que mantenerse en constante movimiento si quería seguir vivo.

Trepó con agilidad la verja de su propia casa y se dejó caer al otro lado, a pocos metros de la entrada al espeso bosque frente al que vivía. Escuchó un nuevo disparo seguido de unos gritos de alarma, pero no supo adivinar si el proyectil había pasado cerca. Desde luego no estaba dispuesto a darles ninguna oportunidad más de usarlo como diana. Se adentró rápidamente en el bosque y sintió algo de alivio al verse protegido por todos aquellos árboles. No podía detenerse porque sin duda iban a perseguirle. No parecía que aquellos hombres fueran de los que dejan cabos sueltos.

Corrió todo lo que pudo a través del bosque. Escuchó cerca el grito de uno de los bandidos indicando el camino que había tomado, mientras otro profería insultos y maldiciones. Travis corría, pero la densidad boscosa y el peso en su espalda le impedían hacerlo al ritmo deseado. Pensó que había sido un error cargar con la mochila y estuvo a punto de soltarla, pero entonces consideró que si le disparaban por detrás podía ofrecerle algo de protección. No tardó en escuchar jadeos a su espalda. Alguno de los bandidos se estaba acercando. De reojo vio unos cuantos metros a su derecha a una figura encorvada que aparecía y desaparecía entre los árboles. Un escalofrío le recorrió el cuerpo de arriba a abajo cuando advirtió que sus movimientos felinos no eran los de una persona normal y que parecía estar desnudo. Giró bruscamente a la izquierda, intentando poner distancia entre aquella figura y él. La carrera continuó un par de minutos hasta que una de las ramas del árbol más cercano reventó fruto de un disparo. Justo a continuación, un grito muy próximo le ordenó que se detuviera. Travis obedeció y se volvió. Reconoció al más joven de los bandidos que ahora le apuntaba con una pistola.

—No te muevas o te hago un agujero. Vamos a esperar a que lleguen mis colegas para ver que hacemos con...

De pronto el ser que había visto minutos antes entre los árboles surgió de la nada y se abalanzó sobre el pistolero, arrancándolo del suelo y derribándolo varios metros más adelante. En apenas una fracción de segundo se colocó sobre él y empezó a morderle el cuello brutalmente. Tal como le había parecido se trataba de un infectado como los que le habían atacado en la tienda y en el aparcamiento. Aunque su apariencia seguía siendo humana, sus movimientos eran como los de un animal salvaje. El chico no tuvo tiempo para defenderse. Apenas lo tuvo para soltar un grito desesperado que se cortó en seco cuando aquella bestia le arrancó la tráquea de un tremendo mordisco haciendo brotar un torrente de sangre.

Travis no se atrevió a mirar más. Dio media vuelta y salió corriendo como alma que se lleva el diablo. Por suerte, la prioridad de esas criaturas era alimentarse, por lo que cuando ya tenían una presa se olvidaban del resto. Eso le dio la oportunidad de alejarse tanto del infectado como del resto de bandidos.

CAPITULO IV

RANSOM CREEK

Travis terminó de cenar mientras rememoraba los hechos que le habían llevado a vagar sin rumbo durante los últimos tres años. Tantas cosas habían pasado desde que abandonó su casa, que se le antojaba toda una eternidad.

Se levantó y recogió sus bártulos mientras miraba los cadáveres de los dos hombres que le habían atacado. No era buena idea quedarse allí más tiempo. Sin duda formaban parte de algún grupo que no tardaría en salir a buscarlos. Cogió las armas y la munición de los asaltantes y se las guardó. Otro en su misma situación se hubiera llevado carne de los cadáveres. Sabía que el canibalismo era práctica habitual entre muchos supervivientes, pero a él esa idea le seguía provocando náuseas. Por suerte tenía pericia en la caza, y aunque por temporadas había tenido que pasar hambre, al final su perseverancia siempre daba sus frutos: una liebre, un ciervo, un jabalí, una paloma, un gato... Ya fuera usando armas cuando tenía munición o fabricando trampas cuando no la tenía, siempre había conseguido salir adelante, incluso en los momentos más complicados.

Caminó durante un par de jornadas haciendo pequeños descansos para alejarse de aquella parte del bosque que se había vuelto peligrosa. Finalmente llegó a una intersección donde a un lado de la carretera había una señal en la que podía leerse «RANSOM CREEK - 2 MILLAS». Ahora que estaba bien armado merecía la pena arriesgarse a explorar ese pueblo en busca de algo útil. Normalmente evitaba acercarse a núcleos urbanos porque implicaba asumir un riesgo. Aunque solían estar abandonados, no era extraño toparse con algún grupo de saqueadores o algunos infectados. Estos últimos muchas veces merodeaban pueblos y ciudades, como si recordasen que allí habían habitado miles de personas tiempo atrás. Parecían permanecer a la espera de que en algún momento toda aquella gente regresara. O quizá recordaban algo de su propio pasado, y sentían que aquel todavía era su hogar. Quien sabe.

Los infectados en las urbes eran doblemente peligrosos, ya que cuando llevaban un tiempo sin comer buscaban algún escondrijo donde entraban en una especie de letargo. Parecía un modo de ahorro de energía similar al periodo de hibernación de algunos animales. Sin embargo, en aquel estado su oído seguía siendo muy sensible a cualquier sonido. Era muy fácil confundirlos con algún cadáver y que al hablar o caminar cerca de ellos despertasen con tremenda rabia y hambre acumulada. Por eso, adentrarse en una ciudad o pueblo sin estar bien armado suponía prácticamente un suicidio. Nadie entendía como un virus similar al de la rabia podía haberles otorgado al mismo tiempo esa cualidad de “hibernación” que les permitía aguantar meses o incluso años sin alimentarse. Cuando estaban en ese estado les llamaban *durmientes*. Circulaban teorías acerca de que el virus fuese una sofisticada arma biológica tremendamente letal con la que se hubiese pretendido acabar con la mayoría de la población mundial. De ser cierto, habían tenido un éxito casi total. Quizá en algún búnker ultrasecreto del globo hubiese en aquel momento un grupo de científicos locos brindando con *champagne*.

Ransom Creek había sido un pueblo pequeño de apenas dos mil habitantes. Sus edificios se

repartían principalmente a ambos lados de una gran avenida que atravesaba todo el pueblo. Travis caminó por ella buscando algo que llamara su atención. No tardó en encontrar un bar en el lado izquierdo del camino. «*No me vendrían nada mal un par de botellas de whisky*», pensó. Se acercó a la puerta de entrada. El interior estaba oscuro, pero pudo vislumbrar varios cuerpos esparcidos por el suelo. Parecían cadáveres, pero decidió que no merecía la pena arriesgarse por un par de tragos.

Siguió caminando entre las casas con la escopeta cargada entre las manos, completamente alerta a cualquier ruido o movimiento. Junto a una de las últimas casas encontró lo que llevaba semanas buscando: una farmacia. Del mismo modo que había hecho a la entrada del bar un poco antes, se acercó y miró a través del vidrio de la puerta hacia el interior. Dentro había alguien, pero no era un infectado. Se trataba de un hombre de pelo cano que buscaba algo entre las estanterías y cajones. Travis abrió lentamente la puerta sin que el hombre se percatase. Parecía un anciano.

—Hola.

El hombre se giró rápidamente mientras sacaba un cuchillo del cinturón. Cuando lo tuvo de frente se dio cuenta de que en realidad no era tan anciano, sino que tenía un aspecto enfermo y demacrado. Su rostro huesudo y pálido como la cera, sus brazos escuálidos, así como su descuidada y abundante barba le hacían parecer mucho mayor. En realidad debía tener una edad parecida a la suya.

—Escopeta gana a cuchillo —señaló Travis.

El hombre dudó unos segundos antes de terminar bajando el arma consciente de su desventaja.

—No tiene que hacerme daño... —dijo— Ya me marchó. Es todo suyo. Solamente buscaba unas medicinas... No estoy bien, ¿sabe?

—Lo he notado —repuso Travis—. No tiene por qué irse. Busque lo que necesite y yo haré lo mismo. Luego cada uno se marchará por su lado. Sin problemas.

El hombre permaneció un largo rato mirando a Travis como valorando la verdadera intención de sus palabras. No era habitual en aquellos tiempos encontrar a un desconocido que no quisiera robarle o algo peor.

—Sí, sí, tiene razón —dijo finalmente mientras reanudaba la búsqueda, pero sin darle la espalda. Travis colgó la escopeta sobre su hombro y también empezó a buscar material que le fuera útil. No había gran cosa. Aquel lugar parecía haber sido saqueado ya varias veces y apenas quedaban algunas cajas vacías.

—¿Ha mirado allí? —preguntó Travis señalando una puerta detrás del mostrador.

—No he podido. Está cerrada. Si la reventamos o la derribamos, atraeremos a todos los *durmientes* que haya en el pueblo.

Travis se acercó y sacó una pequeña ganzúa de su bolsillo trasero. Acercó su oído a la puerta durante unos segundos tras los cuales empezó a hurgar en la cerradura. Apenas un minuto después se escuchó un *click* y Travis abrió la puerta con sumo cuidado.

Todo sucedió muy deprisa. La luz del exterior inundó la nueva estancia y Travis vio un cuerpo en el suelo que de inmediato giraba la cabeza y se levantaba de un salto a una velocidad endiablada. Era una mujer que vestía una bata blanca. Travis gritó «¡cuidado!» al mismo tiempo que colocaba la escopeta a modo de barrera frente a él para detener el ataque. La infectada lo empujó con gran violencia derribándolo encima del mostrador que se encontraba a su espalda. Empezó un terrible forcejeo. Travis alargaba los brazos aferrando la escopeta entre ellos, consiguiendo mantener a duras penas la distancia que le separaba de la mujer. Ella estiraba los

brazos tratando de clavar sus largas uñas como garras en los brazos y pecho de su presa mientras emitía un grito que parecía un rugido salvaje. Entonces vio como una mano cogía a la mujer del pelo echando su cabeza hacia atrás y un cuchillo le rebanaba la garganta. La infectada cayó al suelo como un fardo.

—¿Estás bien? —dijo el hombre ayudando a Travis a incorporarse.

—Creo que sí, pero me ha arañado.

—No te preocupes. Contagian con la saliva y la sangre. Si no te ha mordido, no ha podido contagiarte.

—Eso espero. En cualquier caso lo sabremos dentro de unos minutos —dijo Travis mientras se dirigía apresuradamente hacia la puerta del establecimiento—. ¡Vienen más! El grito de esa loca ha debido atraerlos —dijo mientras cerraba la puerta de un portazo y colocaba el pestillo de forma apresurada.

Segundos después, tres infectados golpeaban la puerta de cristal mientras se retorcían de rabia al no poder alcanzar a las dos presas que veían tan cerca en el interior. Travis temía que pudiesen romper el cristal del mismo modo en que uno de ellos logró reventar la ventana de su camioneta. Por suerte, aquel vidrio parecía mucho más grueso.

—Si les disparo vendrán más.

—Hay que buscar una salida —dijo el otro hombre mientras entraba en la habitación contigua de donde había salido la mujer. Un horrible olor a orín y heces lo mareó—. No hay ninguna otra puerta, esto termina aquí. Estamos atrapados.

Travis entró y miró las paredes. Aquello era un pequeño almacén sin puertas ni ventanas. Entonces alzó la vista al techo y vio una pequeña trampilla.

—¡Por ahí! Esa trampilla seguramente de acceso al tejado —dijo Travis mientras arrastraba una mesa y la usaba para llegar hasta ella. Estaba cerrada con llave. No había tiempo para lindezas, así que levantó su escopeta y aunque apuntó al cerrojo, el disparo reventó media trampilla. El cielo azul quedó a la vista.

Travis ayudó a subir al hombre. Pesaba sorprendentemente poco. A continuación, desde arriba su compañero estiró el brazo, pero Travis le pidió que se apartara, ya que dada su fragilidad física temía que no pudiera soportar su peso. Dio un salto y consiguió aferrarse al borde de la trampilla. Acto seguido flexionó los brazos y consiguió alzarse hasta que la abertura quedó por debajo de sus codos. Entonces el otro hombre pudo cogerle de las axilas y ayudarlo a subir. Una vez arriba ambos se dejaron caer exhaustos sobre el tejado, más por la tensión de la situación que por el esfuerzo.

Recuperado el aliento, se acercaron al borde del tejado y miraron la fachada principal. Contaron unos siete infectados, aunque debía haber más, ya que finalmente habían logrado derribar la puerta y algunos se encontraban ya dentro de la farmacia.

—Creo que tengo munición para cargármelos a todos —dijo Travis mientras sacaba el revólver del cinturón.

El otro hombre parecía muy fatigado y se estiró en el tejado mientras Travis hacía su trabajo. Disparó una vez volando la cabeza a uno de aquellos monstruos que cayó inerte. Un segundo disparo y otro cayó fulminado. No hubo un tercero.

—¿Qué sucede?

—Creo que no es buena idea. Están llegando más infectados atraídos por los disparos. Cuatro más se acercan por la carretera y otros cinco han salido de las casas. Habrá que pensar otra cosa —dijo Travis mientras devolvía el revólver a su funda y se sentaba junto al otro—. Esperemos aquí sin dejarnos ver ni hacer ruido hasta que se marchen.

Estuvieron hablando un rato en voz baja. El hombre dijo llamarse Sean y le explicó que había vivido siempre en el pueblo hasta que estalló la pandemia. Pasadas unas semanas tuvo que retirarse a las montañas. Al parecer, su esposa había fallecido durante los primeros días, cuando él todavía creía que podían resistir atrincherados en casa. Aquel error era algo que todavía no se había perdonado. Travis no quiso indagar más acerca de aquel suceso que todavía le atormentaba. Mientras hablaban, Sean tuvo un tremendo ataque de tos durante el cual Travis temió que pudiera ahogarse. Terminó soltando un escupitajo de color oscuro.

—Tengo cáncer en los pulmones. Me queda muy poco tiempo. Por eso estaba en la farmacia. Buscaba algo que me calme el dolor. Me resulta imposible soportarlo —dijo Sean mientras se llevaba la mano derecha al pecho entre evidentes muestras de dolor.

Travis no dijo nada. Poco se podía decir.

Al cabo de media hora se levantaron y volvieron a mirar alrededor de la casa. Había ya una veintena. Quizá más.

—Sus propios gruñidos están atrayendo a otros —dijo Sean en voz baja—. No vamos a poder bajar.

—Esperaremos. Tarde o temprano se cansarán y se irán.

—No se irán. No son zombis sin cerebro como los de las películas. Tienen instinto animal y cierta inteligencia. Son como perros de caza. Nos han visto subir aquí y saben que no podemos bajar sin que nos vean. Seguramente también pueden olerlos. Se han dado casos de personas que después de trepar a un árbol terminaron muriendo de hambre mientras esperaban que esos monstruos se largasen. Son pacientes y aguantan sin comer mucho más tiempo que nosotros.

—Entonces los engañaremos. Haré ruido aquí delante mientras tú bajas por la parte de atrás. Cuando estés lejos haré lo mismo y bajaré yo.

—No puedo correr, ya no tengo fuerzas. Si bajo soy hombre muerto. Me atraparían en cuestión de segundos.

—Tenemos que intentarlo. No podemos quedarnos aquí hasta que nos venza el hambre y la sed —insistió Travis.

—Solo hay una solución —dijo Sean con semblante sombrío mientras se levantaba y volvía a acercarse al borde del tejado. Miró hacia abajo y luego se volvió de nuevo hacia Travis—. Me debes una y te voy a decir como puedes devolvérmela.

¡No! —gritó Travis mientras hacía ademán de levantarse adivinando las intenciones de aquel hombre.

—¡No te muevas! —gritó Sean, dando un paso hacia atrás y quedando al borde del tejado—. Cuatro millas al norte de este pueblo hay una pequeña cabaña. Allí encontrarás algo muy valioso. Quiero que lo encuentres y te lo lles. Debes protegerlo con tu vida, ¿me oyes? ¡Debes hacerlo!

Travis empezó a incorporarse lentamente mientras levantaba la palma de la mano, como si de esa forma pudiera detener lo que iba a pasar.

Sean dio un paso atrás y cayó.

—¡Nooooooooo!

Se oyó un tumulto enorme como el de una jauría de perros rabiosos.

Travis se acercó al borde del tejado y miró hacia abajo. Un amasijo de cuerpos se agolpaban como una marabunta empujándose unos a otros. Era imposible ver a aquel pobre diablo entre el remolino de miembros amontonándose, peleando por un trozo de carne. Deseó que la caída le hubiese matado y ya no estuviera viendo ni sintiendo nada de aquello. Acto seguido dio media vuelta y corrió al otro extremo del tejado. Aquel hombre se había sacrificado para darle unos segundos y debía aprovecharlos. Se descolgó por la fachada y corrió desesperadamente sin mirar

atrás durante varios minutos. Cuando se detuvo totalmente exhausto, aquel maldito pueblo había quedado muy atrás.

Tardó un par de horas en encontrar la cabaña. Se trataba de un refugio muy básico, casi improvisado. Unos troncos apilados formaban una pequeña estructura de apenas veinte pies de ancho. Se acercó al tablón que hacía las veces de puerta y empujó. Algún objeto trababa la puerta, pero apenas necesitó de un pequeño empujón para desplazarlo y entrar. Dentro estaba oscuro, ya que el habitáculo apenas tenía un par de rendijas por donde se filtraba la luz. En cuanto sus ojos se acostumbraron a la oscuridad pudo ver lo que había en el interior.

—Maldita sea. Debí imaginarlo.

CAPITULO V

RESPONSABILIDAD

Una niña morena de pelo largo que debía tener doce o trece años sostenía hacia él un cuchillo entre las manos.

—Mi padre está a punto de volver y tiene una pistola. Es mejor que se marche.

El temblor de sus manos contradecía el valor de sus palabras.

—Precisamente me manda tu padre. Es amigo mío. Me ha pedido que cuide de ti una temporada.

Podía haberle quitado el cuchillo de las manos fácilmente, pero pensó que no era un movimiento inteligente si quería ganarse su confianza, por lo que prefirió mantener la distancia y tratar de dialogar con ella.

—Mi padre siempre me dice que no hable con extraños.

—Es un consejo muy bueno —asintió Travis en señal de aprobación—, pero como te he dicho, soy amigo de tu padre y, por lo tanto no soy un extraño.

La niña no respondió, simplemente permaneció en silencio con el cuchillo en alto. Estaba muy delgada. Se notaba que debido a la enfermedad su padre llevaba tiempo sin poder cuidar de ella adecuadamente. Debía haber sido muy duro y frustrante para él.

—De acuerdo, como prefieras —dijo Travis intentando rebajar la tensión—. Si no confías en mí me marcharé. Aunque espero que no te importe si estoy por aquí un par de días. Llevo mucho tiempo de viaje y necesito descansar un poco. Pero tranquila, no te molestaré. Si necesitas alguna cosa estaré ahí fuera.

En el rostro de la niña se reflejaban la sorpresa y la duda. Estaba claro que le resultaba extraña esa actitud tan comprensiva por parte de alguien que consideraba una amenaza. Sin embargo no cambió ni un milímetro su postura amenazante.

—Llevo algo de comida en la mochila. Te la voy a dejar aquí por si tienes hambre.

Los ojos de la niña se abrieron mientras Travis descolgaba la mochila de su espalda y tras rebuscar en ella sacaba un trozo de carne de venado asada y unas moras. Colocó la comida encima de una mesa cercana a la puerta. Permaneció impasible, pesar de que era evidente que estaba hambrienta. Sin embargo, sus ojos se habían quedado fijos en la comida.

—En fin, aquí te lo dejo. Como he dicho, si necesitas algo más estaré ahí fuera.

Travis salió de la cabaña y se alejó unos veinte metros hasta un pequeño montículo de roca donde se sentó. Estaba furioso. Aquello lo cambiaba todo. Siempre había tenido muy claro que la clave para sobrevivir en un mundo hostil como aquel era permanecer solo, sin nadie que le ralentizara ni a quien tuviese que cuidar. Por eso llevaba tres largos años evitando implicarse emocionalmente con nadie, ignorando sin remordimiento a todas aquellas personas que le habían pedido ayuda. Por aquel entonces clasificaba a las personas únicamente en dos grupos: los fuertes, a los que convenía evitar, pues solían ser peligrosos, y los débiles, que eran siempre una carga. Sus cuatro principios fundamentales de supervivencia eran *«cuida tu salud, permanece solo, muévete rápido y desconfía de todo el mundo»*.

Entonces se dio cuenta de que la niña lo miraba desde la puerta, pero en cuanto sus miradas se cruzaron, volvió corriendo al interior de la cabaña. Seguía teniendo miedo, pero no la culpaba. Pensó que nada le impedía largarse de allí, pero por algún motivo no podía hacerlo. Incluso un tipo egoísta y solitario como él tenía un código moral que no le permitía hacer algo así.

Durante los siguientes días se dedicó a cazar y buscar comida. La niña estaba muy débil, por lo que decidió que no podían marcharse hasta que hubiera recuperado fuerzas. Con suerte, ese tiempo también le serviría para ganarse su confianza. Cuanto más tardase en conseguirlo, más tiempo debería pasar allí. Y aquel sitio no le gustaba. Estaba demasiado cerca del nido de infectados en que se había convertido Ransom Creek así como de otros pueblos que debían estar en similares circunstancias. También parecía haber bandidos como los que le habían atacado días atrás, ya que de vez en cuando le llegaba el sonido de algún disparo lejano. De seguir mucho tiempo en aquella cabaña no tardarían en tener algún desagradable encontronazo.

Con su destreza habitual, Travis consiguió caza para varios días, la cual complementó recolectando hierbas comestibles y setas. Con todo ello pudo preparar algunos guisos más que decentes. También encontró algunas bayas y manzanas. La niña aceptaba toda la comida que le ofrecía hasta que poco a poco su palidez fue dejando paso a un color rosado mucho más saludable. Del mismo modo, su cuerpo dejaba atrás la extrema delgadez de los primeros días. Cuando se sentaban a comer, Travis intentaba darle conversación. Aunque ya no parecía tener miedo, seguía manteniéndose distante. A pesar de sus reticencias, en las breves charlas que tuvieron la niña le dijo que se llamaba Claudia y que tenía catorce años. Era un poco mayor de lo que Travis había supuesto en un principio.

—Mañana me marcharé —dijo cuando se cumplían dos semanas desde su llegada—. Tienes que decidir si vas a venir conmigo. Este sitio no es seguro y no deberíamos pasar más tiempo aquí.

Claudia dejó entrever una mueca de disgusto, pero no dijo nada.

—¿Qué te preocupa? ¿Por qué quieres quedarte aquí? Si me lo cuentas a lo mejor puedo ayudarte.

—Si me voy... —empezó a decir— cuando vuelva mi padre no me encontrará. Se quedará solo.

Travis sintió una punzada en el estómago como no recordaba haber sentido nunca. Todavía no había reunido valor para hablarle de su padre y no parecía ser consciente de que no iba a volver. O quizá lo intuía, pero prefería aferrarse a la esperanza.

—Claudia... sabes que tu padre estaba muy enfermo, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza antes de contestar.

—Siempre me decía que estaba bien, pero yo sabía que no lo estaba.

—Así es. Estaba muy enfermo. Cuidó de ti hasta que ya no tuvo más fuerzas y entonces me pidió que lo hiciera yo en su lugar. Él quería que estuvieras bien —hizo una pausa—. Sé que es muy duro aceptarlo, pero no va a volver.

La niña no dijo nada. Simplemente se levantó de la silla y se acostó boca abajo en su camastro, ocultando la cara entre los brazos. Travis salió fuera y encendió un cigarro. Hacía una noche clara en la que se podían ver las estrellas. Pensó en lo caprichoso del destino que le había llevado a Ransom Creek dos semanas atrás. De haber sabido lo que le esperaba, ¿hubiera ido? Sorprendentemente no supo encontrar la respuesta.

CAPITULO VI

EL VIEJO

Los primeros rayos de sol sacaron a Travis poco a poco de su plácido sueño. Colocó una mano sobre los ojos a modo de visera para acomodarse a la claridad del día. Unos cuantos metros a su derecha estaba Claudia, sentada sobre un tronco tumbado a la entrada de la cabaña a modo de banco. Llevaba sobre la espalda una mochila de las que se usan en la escuela y sus ojos miraban hacia el suelo con gesto aburrido. Nunca se levantaba tan temprano.

—¿Qué haces despierta tan pronto? —preguntó Travis mientras se estiraba dentro del saco todavía algo aturdido.

La muchacha se encogió de hombros. Probablemente temía que se pudiera marchar sin ella. Por supuesto Travis no tenía pensado hacer tal cosa, pero haber establecido una fecha de partida le había servido para empujarla a tomar una decisión. De lo contrario, la estancia allí se hubiera alargado indefinidamente.

—Vamos a desayunar. No tenemos ninguna prisa.

A Travis le hubieran apetecido unas tostadas y un café bien cargado, pero tuvo que conformarse con bayas y nueces para los dos. Claudia nunca se quejaba de la comida. Todo le parecía bien. Sin duda lo que él le ofrecía, sin ser gran cosa, era mucho más de lo que su padre enfermo había podido ofrecerle durante mucho tiempo.

Cuando llegó el momento de marcharse, Travis advirtió que la mochila de la niña estaba muy cargada e intentó convencerla para que dejara todo lo que no fuera imprescindible. Fue incapaz de conseguirlo. Había visto durante esos días como él cargaba una mochila grande de la que casi nunca se separaba. ¿Estaba tratando de imitarle? Que lo tomase como una referencia positiva podía considerarse un gran avance en su relación.

Caminaron hacia el este hasta encontrar de nuevo la carretera y una vez allí siguieron camino hacia el sur. Claudia le preguntó a donde irían y Travis le respondió que buscarían un sitio seguro que les gustase a los dos. Ella replicó que cuanto tardarían en encontrarlo y él le dijo que no lo sabía. Llevaba tres años deambulando por Virginia, Maryland, Kentucky y Tennessee, pero todavía no lo había encontrado. A veces llegaba a un sitio que le parecía seguro y se instalaba durante una temporada, pero la tranquilidad no solía durar. Sin ley de ningún tipo, las bandas organizadas poblaban la mayoría de territorios, robando y cometiendo todo tipo de tropelías contra las personas que, en solitario o en grupos pequeños, intentaban sobrevivir. Si no pertenecías a una de esas bandas, tu destino era la huida constante, la supervivencia diaria. Sin embargo, una idea había cobrado fuerza en su cabeza durante los últimos días. Habían llegado a su mente recuerdos de un lugar de Florida donde una vez le llevaron sus padres a pasar las vacaciones cuando era niño. Era una especie de pueblecito pintoresco con apenas una veintena de casas y un hotel. Estaba rodeado de montañas y acantilados, por lo que únicamente se podía acceder en barca a través de un pequeño lago. Desconocía en que situación se encontraba en aquellos momentos, pero a priori le parecía un paraje que por su difícil acceso podía garantizar protección tanto frente a bandas como a infectados. A falta de un plan mejor, le pareció buena

idea seguir caminando en dirección a Florida, mientras se alejaban de los Estados del norte que ya había explorado. Por desgracia estaba demasiado lejos como para llegar sin un vehículo y más aún acompañado de una niña. Recordaba que en las películas de género post-apocalíptico siempre se veían coches y todo tipo de vehículos que usaban los protagonistas para moverse entre territorios devastados. En el mundo real el combustible apenas tardó un par de meses en agotarse y pasado ese tiempo era muy extraño ver algún vehículo circulando, los cuáles además solían ser fruto de ataques y emboscadas. Tres años después coches, camiones y autobuses habían pasado a convertirse en un simple adorno del paisaje. Un recuerdo de otra época.

Fueron pasando los días. El ritmo de viaje era lento, ya que aunque la niña no acostumbraba a quejarse, Travis notaba cuando estaba cansada y aflojaba el paso o le proponía un descanso. En aquellas pausas aprovechaba para cazar. Durante el tiempo que habían pasado en la cabaña le había dado tiempo a fabricar un arco y varias flechas. Después de lo sucedido en Ransom Creek prefería evitar las armas de fuego por temor a atraer visitas desagradables. Por suerte no les había faltado comida en ningún momento. Eso era lo más importante.

Después de unas semanas, Travis consideró necesario darle a Claudia algunas nociones de supervivencia. Era importante que en caso de necesidad pudiera valerse por sí misma lo antes posible. Así pues, empezó a enseñarle a trepar a los árboles, a cazar, a encender un fuego y a distinguir las hierbas o setas comestibles del resto. Al principio la muchacha se lo tomó como un juego y parecía divertirse, pero pasado un tiempo su actitud cambió. Se negaba a atender mientras le explicaba, no quería acompañarle cuando salía de caza y se enfadaba si le pedía que preparase un fuego o cualquier otra cosa.

—¿Qué te pasa? — preguntó Travis mientras cenaban sentados al lado de una hoguera. — Llevas días sin hablarme. Te enfadas cuando quiero enseñarte alguna cosa, no prestas atención... Antes te gustaba aprender, ¿qué sucede?

—No quiero aprender. No me interesa nada de eso. No soy como tú.

—No te estoy pidiendo que seas como yo. Solo quiero que aprendas algunas cosas importantes para que si algún día yo no estoy puedas valerte por ti misma...

—¡Cállate! — gritó mientras se levantaba, dejando junto al fuego el trozo de carne que había estado comiendo. — ¡No quiero aprender! ¡Te he dicho que no me interesa nada de eso!

Fue hacia donde tenía el saco de dormir y se tumbó sobre él dando la espalda a Travis. «*Parece que se han terminado las clases por una buena temporada*», pensó con resignación.

La luz y el sonido de los pájaros le despertó al día siguiente. Mientras se estiraba buscó con la mirada a la niña. Su saco estaba vacío. Miró en todas direcciones, pero seguía sin verla. Inquieto se levantó y empezó a inspeccionar la zona mientras la llamaba por su nombre. No estaba. ¿Habría salido a dar un paseo? No lo creía. Nunca se alejaba de su lado. A pesar de su corta edad era consciente del peligro. Después de inspeccionar los alrededores del claro que habían ocupado, cogió la pistola y dirigió sus pasos hacia el camino. No la veía ni en un sentido ni en el otro. Descartó que hubiese vuelto hacia atrás, por lo que apretó el paso en la dirección que tenían previsto recorrer ese día. Era pequeña y caminaba despacio, no podía haberse alejado mucho. ¿Y si se la habían llevado mientras dormía? No. Imposible lograr algo así sin que él se diera cuenta.

Un sudor helado empezó a recorrer su frente y espalda. ¿Cómo se le había ocurrido marcharse? La noche anterior habían discutido, pero no imaginaba que pudiese reaccionar así. Al cabo de quince minutos vio dos figuras a lo lejos. Reconoció inmediatamente a Claudia con su mochila a la espalda. Travis se puso a correr como un poseso hasta donde se encontraban. Efectivamente, era ella, y el otro un anciano que sujetaba las riendas de un caballo. A primera

vista su aspecto parecía inofensivo, pero la tranquilidad y la sonrisa que mostraba resultaban inquietantes.

—Claudia, aléjate de ese hombre — dijo nada más llegar con la voz entrecortada por la carrera.

—¡No! Me quedo con este señor. Me ha dicho que puedo vivir con él y su mujer en su casa — protestó la niña.

—¿Qué estás diciendo Claudia? No sabemos quién es. No puedes confiar en la primera persona que te encuentras.

—Mi señora y yo vivimos en una granja cercana — intervino el viejo. — Nosotros nos podemos hacer cargo de la niña. Es evidente que necesita un lugar seguro y...

—Cállese — dijo Travis en tono desafiante. — Esta niña está a mi cargo y nos vamos ahora mismo. Dame la mano Claudia.

La niña permaneció inmóvil entre los dos. Parecía dudar.

—Puede venir usted también si quiere para asegurarse de que queda en buenas manos y que no hay nada de lo que desconfiar...

—¿Desconfiar? — replicó Travis furioso. — De entrada no me creo que “usted y su señora” hayan podido mantener a salvo su pellejo durante todo este tiempo sin la ayuda de alguien más. Además, ¿con quién se comunica a través de ese *walkie*? Si no me equivoco es de los que usa la policía...

—¿Se refiere a esto? — preguntó el viejo mientras miraba el aparato que colgaba de su cinto. — Es para comunicarme con mi mujer cuando no estamos juntos. Por precaución, ya sabe. Somos mayores y podría pasarnos cualquier cosa...

—Vámonos Claudia — dijo Travis cogiendo la mano de la niña y zanjando así la discusión. — No deberías haberte marchado. Me has dado un buen susto.

Travis temía que la niña se negara y complicase aún más la situación. Estaba dispuesto a llevarla a rastras si era necesario, pero sorprendentemente no protestó. Parecía complacida por la forma en que trataba de protegerla y la vehemencia de sus palabras.

Mientras se marchaban, Travis miró al anciano por última vez. Su rostro amable había desaparecido y ahora le dedicaba una mirada de profundo odio. Si antes pensaba que ese hombre era peligroso, ahora ya no le cabía ninguna duda.

El anciano observó como el forastero se marchaba con la niña. Esperó a que se hubieran alejado unos trescientos metros y sacó el *walkie* de la funda que colgaba de su cinturón.

—George, tenemos visita en nuestro territorio. Un hombre con una niña. Caminan dirección sur siguiendo la carretera de Green Valley. Coge a varios hombres e id a buscarlos. Traed a la niña. A él lo podéis liquidar. Avísame cuando el asunto esté resuelto.

CAPITULO VII

VIVIR O MORIR

Travis estaba nervioso. No tenía dudas de que aquel viejo no estaba solo, y era evidente que no le había gustado nada su intervención. No iba a quedarse tranquilo hasta que estuvieran muy lejos de allí.

—¿Por qué hiciste eso? — le preguntó a la niña reprimiendo a duras penas el enfado que sentía en ese momento. No le interesaba volver a discutir con ella. Al menos mientras siguieran por aquella zona. Claudia permaneció en silencio con gesto de enfado. — Te he cuidado, te he protegido, te he dado comida... ¿y pensabas marcharte sin decir nada?, ¿cambiarme por el primer desconocido que te encuentras? Eso es muy injusto.

Travis se detuvo cogiéndola del brazo y se agachó para mirarla directamente a los ojos.

—Claudia, si no me dices cuál es el problema, no puedo arreglarlo.

—Ibas a abandonarme — dijo Claudia mientras sus ojos se empañaban de lágrimas.

—¿Por qué dices eso? — preguntó Travis, perplejo.

—Dijiste que me enseñabas para que pudiera sobrevivir cuando estuviera sola. Quieres enseñarme para no tener que cuidar más de mí. Estás cansado de mí, lo sé.

—No, no, claro que no — replicó Travis con gesto dolido y totalmente apesadumbrado. Ahora lo entendía todo. — Quiero que aprendas a cuidar de ti por si alguna vez me pasa algo como lo que le pasó a tu padre, ¿entiendes? Yo también puedo enfermar, puedo tener un accidente, cualquier cosa... y tú tienes que estar preparada por si eso pasa. No quiero que dependas de nadie. Pero eso no significa que te vaya a abandonar. Nunca lo haría. ¿Lo entiendes?

Claudia asintió varias veces y de forma inesperada le abrazó mientras rompía a llorar. Travis sorprendido, trató de calmarla. Era la primera vez que le mostraba claramente su afecto. Nunca había querido tener hijos y había pagado su inexperiencia. No había sabido transmitirle la confianza y la seguridad que la niña necesitaba. Estaba claro que iba a tener que ir aprendiendo ese tipo de cosas sobre la marcha.

Cuando la niña se hubo calmado reanudaron la marcha. La carretera ascendió durante un buen tramo y cuando llegaron a lo alto del elevado montículo, Travis aprovechó para otear todo el terreno a su alrededor. Delante de ellos la carretera continuaba hasta donde alcanzaba la vista custodiada a ambos lados por el espeso bosque. Detrás, a lo lejos, había un grupo de jinetes. Pudo contar a cinco, cuatro de ellos sobre su montura y un quinto más adelantado que los observaba de la misma forma que él lo estaba haciendo.

Supo de inmediato que los buscaban a ellos.

Travis tiró del brazo de Claudia mientras le explicaba apresuradamente que tenían que internarse en el bosque. La niña no entendía nada, pero obedeció. Empezaron a correr mientras iban sorteando los oscuros árboles. Travis trató de pensar. En circunstancias normales se hubiese alejado de aquellos hombres tanto como hubiese podido. Siempre intentaba evitar los enfrentamientos. Era una norma básica de supervivencia. Sin embargo, ese día no iba a ser

posible. Estando con Claudia no podía moverse con velocidad. Era evidente que no tardarían en atraparles. No le quedaba otra alternativa que el enfrentamiento. Pero para ello tenía que poner a salvo a la niña mientras pensaba en un plan. Y tenía poco tiempo para hacerlo.

Cuando consideró que ya se habían internado lo suficiente en el bosque, le pidió a Claudia que trepase a un árbol como le había enseñado. La niña obedeció con sorprendente agilidad y destreza. Travis se aseguró de que no se le viera y le pidió que no bajara hasta que volviera a buscarla. A continuación emprendió la carrera de nuevo hacia la carretera. Desde un lateral del bosque pudo ver como los cinco bandidos habían bajado de sus monturas. El rastro del camino se había terminado y se disponían a seguir la persecución a través del bosque. Uno de ellos permaneció en el camino vigilando y cuidando de los caballos. Los otros cuatro se separaron para cubrir el máximo terreno posible.

Travis empezó a moverse de forma sigilosa junto al camino, en el sentido contrario al que habían venido. Sabía que si los hombres se habían dispersado solo uno de ellos cubriría esa zona. Tras un par de minutos se agazapó detrás del tronco de un gran árbol. Colocó una flecha en su arco y se detuvo a esperar. Cerró los ojos para concentrarse en los sonidos que llegaban a sus oídos. En la densidad del bosque era complicado ver a otra persona a no ser que estuviera muy cerca, pero era posible oír el sonido de las pisadas al quebrar pequeñas ramas y hojas secas, así como el susurro de las botas al desplazar la hierba. No tardó en percibir que alguien se acercaba. Desde su escondite pudo ver como un hombre con bigote castaño, camisa de leñador y una gorra roja se movía entre los árboles. Llevaba un rifle de caza semiautomático entre las manos. Sin dejarse ver siguió con la vista la figura que se acercaba en diagonal hacia él. Colocó una flecha en su arco. No podía fallar. Si lo hacía quedaría expuesto y el otro tendría tiempo no solo de dispararle, sino de avisar a sus compañeros. Aguantando la respiración, esperó hasta que el sicario se detuvo a su altura unos segundos mientras decidía la dirección de sus próximos pasos. Entonces se asomó tras el árbol mientras contenía la respiración y tensaba la cuerda de su arco. Se escuchó el zumbido fugaz de la flecha instantes antes de que atravesara la garganta del sicario. No tuvo tiempo de articular ningún sonido mientras caía fulminado al suelo sin saber cómo ni desde donde le había llegado la muerte.

Otto Edwards aferraba con fuerza su escopeta recortada mientras caminaba lentamente, evitando hacer el más mínimo ruido. Era mayor que los otros hombres y odiaba ese tipo de encargos. ¿Para qué demonios quería el viejo Bill a esa cría? Suponía un riesgo estúpido, innecesario. Pero de momento seguía siendo el jefe y tenían que obedecer. Pertenecía a un grupo fuerte y eso era muy valioso en esos tiempos duros y brutales. Formar parte de una comunidad le proporcionaba seguridad y alimento, aunque a veces tuviese que hacer cosas desagradables. Nadie podía reprocharle nada. Cualquiera que estuviera vivo a esas alturas había tenido que hacer cosas horribles.

Miraba el suelo intentando encontrar huellas, pero no lo conseguía. No tenía la habilidad de Ralph a la hora de rastrear y aquel terreno duro lleno de hierbas no facilitaba las cosas. De pronto alzó la vista y lo vio a unos quince metros frente a él. Era el forastero, no cabía duda, con su sombrero de cowboy, su barba gris y su oscuro abrigo raído. Travis arrancó a correr y Otto le siguió levantando su recortada. Con aquel arma no necesitaba estar cerca ni tener mucha puntería para acertarle, pero el forastero se movía rápido y no ofrecía un tiro limpio entre todos aquellos árboles. De pronto Otto tropezó con una especie de cable y cayó estrepitosamente al suelo, golpeando su cabeza con una enorme piedra. Aturdido y con la sangre resbalando por su cara, buscó la escopeta que había volado un par de metros. Gateó torpemente en su dirección y cuando se disponía a recuperarla una bota le golpeó el rostro lanzándolo de espaldas. Completamente

mareado, Otto tuvo tiempo de ver como el forastero se agachaba y recogía la escopeta mirándola con curiosidad. Después dio unos pasos hacia él, levantó el arma, le apuntó a la cabeza y no pudo ver nada más.

Ethan Miller escuchó un disparo que resonó con potencia a su izquierda, en la zona que estaba cubriendo su amigo Otto. Eso significaba que había descubierto al forastero y le había disparado. Ethan era rubio, alto y fuerte, con algo de sobrepeso. Corrió en la dirección de donde provenía el disparo para ayudar a su amigo. Tardó varios minutos en encontrarlo. Su cuerpo estaba boca arriba y su frente tenía un enorme orificio parecido al cráter de un volcán, que en lugar de escupir lava y rocas había escupido sangre y sesos. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo mientras se agachaba para buscar algún rastro. Aquel forastero todavía debía estar cerca, pero los abundantes árboles le impedían la visión más allá de unos pocos metros. Dominado por el miedo, apuntó con su revólver tembloroso en todas direcciones, temiendo que en cualquier momento pudiera aparecer. Se habían equivocado con ese hombre. No era un inofensivo padre como habían dado por sentado. Entonces, mientras decidía si debía avisar a los otros o permanecer en silencio para no delatarse, algo muy pesado cayó desde arriba, propinándole un fuerte golpe en la espalda que lo derribó de bruces contra el suelo. No era algo, era alguien. El forastero nunca se había alejado del lugar. Simplemente había trepado al árbol más cercano al cadáver y desde allí solo había tenido que esperar a que el tercero de los pistoleros se acercara a investigar. Desde el suelo, Ethan intentó darse la vuelta para apuntar a su agresor, pero apenas tuvo tiempo de ver una silueta inclinada sobre él y algo brillante y afilado que le atravesaba la garganta.

El cuarto pistolero seguía internándose en el bosque, totalmente ajeno a lo que le había sucedido a sus compañeros. Se llamaba Ralph Sullivan y era el más experimentado de los cuatro. Tenía unos cuarenta años de edad. Era alto, corpulento y un avezado cazador. Aquello no era algo muy diferente de sus habituales cacerías, solo que en lugar de perseguir ciervos perseguía a dos personas. Una de ellas era una niña, por lo que no podían estar muy lejos. Iba a ser pan comido. Llevaba una pistola en una mano y un enorme cuchillo de caza en la otra, completamente alerta ante cualquier ataque inesperado.

Había escuchado un disparo, pero decidió no desviarse de su camino, ya que había encontrado un rastro en la dirección opuesta y tenía el presentimiento de que al final del mismo podía haber un premio. Avanzó muy despacio durante varios minutos, totalmente concentrado en esas leves marcas en la hierba que apenas se distinguían, totalmente imperceptibles para cualquiera no tan experimentado en aquella labor de rastreo. Finalmente llegó a un punto en que las huellas desaparecían. Eso podía significar dos cosas; a aquellos dos les habían salido alas y habían escapado volando, o habían vuelto atrás sobre sus propios pasos. ¿Pero por qué iban a decidir volver hacia donde estaban sus perseguidores? La única explicación coherente era que el hombre hubiese llevado allí a la niña para ocultarla y luego hubiese vuelto para enfrentarles. Por tanto, la niña debía seguir allí, justo en aquel punto, escondida en algún sitio. El pistolero agudizó la vista escudriñando todos los arbustos en derredor. Después subió la mirada hacia los árboles más cercanos. Estaba a punto de abandonar y emprender el regreso cuando escuchó el leve crujido de una rama al romperse. En completo silencio avanzó muy lentamente en la dirección de donde provenía el sonido y no pudo evitar sonreír al ver algo rojo entre las espesas ramas de un árbol. Se acercó al pie y pudo ver a la niña escondida un par de metros encima de su cabeza.

—Niña, baja de ahí — dijo en tono serio —. No me obligues a que sea yo quien tenga que

bajarte.

Como única respuesta, Claudia empezó a trepar más alto. Maldita niña, pensó Ralph.

—Cuanto más tardes en bajar peor será cuando te coja — volvió a amenazar, mientras empezaba a buscar algún asidero para trepar.

El agudo oído de Ralph escuchó un leve sonido a su izquierda y se volvió con rapidez, levantando su arma hacia el lugar por donde acababa de aparecer el forastero. ¡BLAM! ¡BLAM! ¡BLAM! Sonaron los disparos mientras Travis se tiraba al suelo y rodaba para alejarse de la trayectoria. Acto seguido poniendo rodilla en tierra, levantó la escopeta que le había quitado a uno de los forajidos y disparó casi sin tiempo para apuntar. Alcanzó la pierna del bandido que cayó al suelo desde donde efectuó un par de disparos más. Travis notó un calor abrasador en el hombro y de pronto se dio cuenta de que no tenía fuerzas para sujetar el morro de la escopeta. Sin perder un instante soltó el arma y se levantó corriendo hacia su enemigo que desde el suelo erró su último disparo. Travis se abalanzó sobre él mientras con tremendo dolor accionaba el resorte del cuchillo oculto en su muñeca derecha. No perdió tiempo en accionar el de la izquierda, ya que debido a la herida de su hombro apenas podía mover ese brazo. Rodaron por el suelo durante unos segundos, pero Ralph no tardó en colocarse encima aprovechando que Travis apenas podía defenderse. Mientras sujetaba con la mano izquierda el brazo armado de Travis, levantó con la derecha su cuchillo de caza dispuesto a asestar un golpe mortal. En ese momento apareció Claudia, quien se lanzó sobre la espalda del agresor al tiempo que le daba un fuerte mordisco en una oreja, dejando ir toda su rabia y odio. El sicario soltó un grito de dolor que hizo que aflojara por un instante la presa del brazo de Travis, quien con un rápido movimiento clavó su puñal en el cuello de su atacante. Por unos segundos el forajido mantuvo su cuchillo en alto y parecía dispuesto a morir matando, pero finalmente le fallaron las fuerzas y cayó sobre él sin vida.

Travis se quitó el cuerpo de encima con dificultad y al incorporarse vio que el bandido tenía la oreja medio arrancada. Claudia asustada, se había acurrucado en la falda del árbol. Cuando vio que era Travis quien se incorporaba victorioso, se levantó de un salto y corrió a abrazarlo. Travis envolvió a la niña con su brazo sano mientras el izquierdo colgaba sin fuerza.

George Bennet esperaba impaciente en el camino el regreso de sus compañeros montado a lomos de su caballo. Había escuchado varios disparos espaciados en el tiempo y aquello sin duda era una mala señal. Significaba que aquel tipo estaba ofreciendo resistencia y que la caza se había complicado. Confiaba en que los chicos supieran cuidarse y no tuvieran que lamentar ninguna baja, pero cada vez estaba más intranquilo.

Sonó un disparo y George cayó de su caballo. Una bala le había atravesado el brazo derecho. Quiso coger su arma, pero el brazo no le respondía. Miró hacia el bosque y vio como aquel forastero salía de la espesura caminando lentamente. Tardó casi un minuto en tenerlo delante. No tenía buen aspecto, estaba herido y su hombro sangraba abundantemente, pero a pesar de eso se mostraba tranquilo y confiado.

—Dime donde puedo encontrar a la persona que os ha enviado — dijo Travis mientras levantaba la pistola y le apuntaba a la cabeza. George reconoció el arma de su amigo Ralph y supo al momento que todos habían muerto.

El viejo Lester Murray miraba impaciente su reloj de bolsillo. Hacía más de cuatro horas que no tenía noticias del grupo que había enviado a capturar a la niña. La última vez que había podido comunicar con George a través del *walkie* había sido cuando se habían dispersado para darles caza dentro del bosque. Desde entonces no tenía ninguna noticia. Enfadado y preocupado

se acercó a la ventana y contempló el exterior. Había anochecido. Dos de sus hombres continuaban haciendo guardia a la entrada de la finca. Entonces escuchó un ruido a su espalda. Se volvió mientras un escalofrío recorría su espina dorsal. Allí estaba aquel maldito forastero. Tenía un aspecto deplorable, con su raído abrigo lleno de sangre, pero su figura seguía siendo amenazante, sobre todo debido al enorme cuchillo de caza que sostenía en la mano derecha.

—¿Cómo me ha encontrado? — preguntó el viejo.

—Su amigo George me indicó amablemente como podía hacerlo — respondió Travis Sanders —. La gente se vuelve muy razonable cuando le apuntas con un revólver a la cabeza.

—Tiene que saber que no tengo nada contra usted — replicó el viejo —. Solo quería a la niña. Les di instrucciones claras de que a usted le dejaran marchar. Solo quería que le asustaran un poco.

Travis no dijo nada. Solamente dio unos pasos hacia delante hasta quedar frente al asustado anciano.

—Seamos razonables —balbuceó—. En estos tiempos solo sobreviven las personas razonables. Las que saben negociar. Y usted y yo estamos vivos porque los dos somos razonables. Tengo un grupo grande a mis órdenes. Tenemos víveres, munición, caballos... puedo darle lo que necesite para que continúe su viaje...

Sus palabras quedaron interrumpidas cuando el enorme cuchillo le atravesó el vientre. Sus manos se aferraron durante unos instantes al brazo que le había apuñalado hasta que las fuerzas le fallaron y cayó pesadamente al suelo.

—No suelo cometer dos veces el mismo error, señor Murray — dijo fríamente Travis mientras se agachaba para limpiar el cuchillo en la camisa del viejo.

Salió de la finca por la puerta de atrás, protegido por las sombras nocturnas. Recorrió un par de cientos de metros hasta alcanzar la misma valla que había saltado para entrar.

—Claudia, soy yo — susurró al llegar a un punto concreto del camino. Al instante la niña salió de detrás de unos arbustos —. Vamos a buscar a los caballos. Nos vamos de aquí.

CAPITULO VIII

EL GRANERO

Claudia caminaba ágilmente seguida de los dos muchachos. Habían pasado tres años y se había convertido en una adolescente esbelta y sana. Aunque llevaba el pelo corto como el de un chico, no era suficiente para disimular su gran belleza, la cual no había pasado inadvertida para Sebastian y Michael. Ambos la seguían tanto por sus dotes de liderazgo como por la atracción que suscitaba en ellos. Pero era Michael con quien parecía tener una química especial. No pasaba desapercibida la enorme complicidad que había surgido entre ambos desde el primer día.

—Creo que tu padre se pasa de protector. Siempre tenemos que suplicarle para que te deje venir a cazar con nosotros — dijo Michael.

—En realidad por quien teme es por vosotros. Sabe que yo sé cuidarme perfectamente — se rio Claudia. El chico encajó la burla con una sonrisa.

Dentro del grupo habían dado por sentado que eran padre e hija y ellos no habían considerado conveniente sacarles del error. Si Travis había permitido que creyeran eso era porque sin duda consideraba que era lo mejor para ambos. Aunque Claudia seguía recordando a su verdadero padre, hacía tiempo que Travis sin pretenderlo había ocupado ese rol.

Salieron del camino al lado de un campo de cultivo donde varios faisanes picoteaban el suelo. De vez en cuando levantaban el vuelo al unísono hasta posarse sobre algunos árboles cercanos. Más tarde regresaban para seguir buscando comida. En cuanto Claudia los divisó, se volvió hacia sus compañeros colocando el dedo índice sobre sus labios. Fueron acercándose poco a poco a los árboles donde reposaban las aves. No tardaron en situarse a apenas quince metros de ellas, al tiempo que Claudia hacía una señal para dejar de avanzar. Los árboles eran bajos y si se acercaban un poco más las aves huirían asustadas. Lentamente, la muchacha colocó una flecha en su arco y lo alzó tensando la cuerda al máximo. Aguantó la respiración unos segundos mientras apuntaba al faisán más cercano, que giraba la cabeza de izquierda a derecha, completamente ajeno al peligro. De pronto una flecha atravesó las hojas de los árboles y su ruido sordo provocó el revuelo de las aves que se elevaron asustadas hacia el cielo. Claudia molesta volvió la mirada hacia atrás.

—¡Mierda, he fallado! — se quejó amargamente Sebastian.

Claudia y Michael se miraron igual de frustrados, pero coincidieron en no reprocharle nada.

—Mirad, vuelan hacia ese granero — dijo Michael, señalando la trayectoria de las aves que empezaban a posarse en el tejado de un viejo granero abandonado.

—Vamos hacia allí, chicos — dijo Claudia. — Pero no disparéis hasta que no tengáis el tiro totalmente claro, ¿entendido? Si los volvemos a asustar es posible que los perdamos.

Los muchachos asintieron. Sebastian dejaba entrever una ligera mueca de culpa en el rostro. Caminaron durante un par de minutos en silencio hasta llegar frente a la fachada del granero, donde nuevamente Claudia hizo una señal para que se detuvieran.

—Asegurad el tiro — insistió Claudia en voz baja mientras Michael empezaba a preparar su arco. Durante unos segundos el chico aguantó la respiración tratando de concentrarse. Tras

varios segundos, la flecha salió disparada varios metros por encima de las aves sin que ni siquiera llegaran a asustarse. El chico agachó la cabeza maldiciendo para sus adentros. Claudia hizo una señal a Sebastian para animarle a probar de nuevo. El chico alzó su arco y tras apuntar unos segundos dejó volar la flecha que fue a clavarse en la pared del granero un par de metros por debajo del faisán más cercano. El ruido del impacto asustó a varias de las aves que se alejaron volando, pero un par de ellas se mantuvieron en el borde del tejado. Claudia asumió que era su turno mientras los dos chicos la miraban expectantes. Colocó la flecha y tensó el arco lentamente mientras contaba hasta diez, aguantando la respiración. Súbitamente, la flecha salió disparada en línea recta, alcanzando a uno de los faisanes en el pecho, lo que provocó que cayera hacia atrás fulminado.

—¡Le has dado! — gritaron los dos chavales a la vez mientras Claudia levantaba el puño en señal de victoria.

—Se ha quedado en el tejado — dijo Sebastian rebajando la euforia del momento —. ¿Cómo vamos a cogerlo?

—Tenemos que encontrar un sitio por donde subir — dijo Michael mientras inspeccionaba la fachada del edificio.

—Por allí creo que se puede— replicó Sebastian señalando un pequeño porche que había a uno de los lados del granero. — Si subimos al tejado de ese porche, será fácil alcanzar el del granero.

Los chicos se acercaron para inspeccionarlo. El tejadillo estaba demasiado alto para que pudiera alcanzarlo una sola persona, pero podían aupar a uno de ellos.

—Yo soy la que pesa menos. Ayudadme a subir.

—¿Estás segura? — preguntó Michael. — Puede ser peligroso. Subiré yo.

—No digas tonterías. La pendiente del tejado no es muy pronunciada. Es muy fácil subir, coger el faisán y volver a bajar. Sebastian colócate al lado de la pared. Treparé por tu espalda y subiré al tejadillo del porche. Desde allí está chupado acceder al tejado del granero. En un minuto estaré de vuelta.

Sebastian apoyó los brazos estirados contra la pared como le había pedido su amiga. Para que pudiera subir más fácilmente, Michael colocó las manos juntas a modo de estribo, donde la chica colocó el pie y se aupó para luego colocar un pie tras otro sobre los hombros de Sebastian. Luego apoyó ambos brazos sobre el tejadillo que le quedaba a la altura del pecho, se aupó y subió sin dificultad. Desde allí era fácil acceder al tejado principal por donde empezó a trepar. Estaba más empinado de lo que parecía desde abajo, pero no le preocupaba, ya que en caso de resbalón el tejado del porche frenaría su caída.

Los chicos la miraban desde abajo. Michael estaba intranquilo viendo como su amiga ascendía cada vez más por el tejado. Hacía rato que el faisán había dejado de importarle. Súbitamente, escucharon un estruendo y la figura de Claudia desapareció en las entrañas del granero.

—¡Se ha roto! ¡El tejado se ha roto! — gritó Sebastian.

—¡Maldita sea! ¡Ayúdame a subir! — gritó Michael empujando a su amigo para que se pusiera frente a la pared de la misma forma que había hecho antes.

—¡Ha caído desde mucha altura! — dijo Sebastian poniéndose en lo peor.

—Lo sé, puede estar malherida. Miraré por el agujero y buscaré la forma de bajar. Luego abriré la puerta del granero desde dentro y la sacamos.

Michael trepó sobre los hombros de su compañero y se impulsó ágilmente hasta el tejadillo del porche. Acto seguido empezó a trepar por el tejado principal. Antes de llegar al agujero

empezó a escuchar unos ruidos que provenían del interior. Parecían *gruñidos*. Como si el granero estuviese lleno de fieras salvajes. Con precaución se acercó al borde del agujero y miró hacia abajo. La primera impresión fue de alivio, ya que la caída de Claudia no había alcanzado el suelo del granero, sino que se encontraba inmóvil sobre una repisa varios metros por encima. Podía estar inconsciente o... No, tenía que estar viva. Tan solo había un par de metros de caída hasta la repisa donde se acumulaban lo que parecían ser sacos de grano y herramientas. Suficiente caída para hacerse daño, pero no para algo peor.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad del interior, localizó el origen de los gruñidos. Tuvo que poner a prueba toda su fortaleza para no dejarse llevar por el pánico. Varios metros bajo la repisa, decenas de infectados se agitaban violentamente y miraban con los ojos inyectados en sangre hacia el agujero desde donde entraba la luz. Debían llevar allí semanas o meses en estado de hibernación. Se apilaban empujándose unos a otros entre convulsiones de ansiedad, intentando alcanzar aquella repisa que quedaba fuera de su alcance.

Michael trató de dominar el pánico. Necesitaba calmarse si quería sacar de allí a su amiga. Podía dejarse caer por aquel agujero hasta la repisa, pero luego sería imposible volver a subir sin ayuda. La opción de descolgarse de la plataforma para salir por la puerta principal equivalía a suicidarse de un modo terrible. Aquellos monstruos le atraparían en cuanto pusiera un pie en el suelo. Se le ocurrió que podían intentar abrir la puerta principal para atraer a los infectados hacia el exterior, pero un grueso candado lo impedía. No conseguirían abrirlo sin herramientas o algún tipo de explosivo. Incluso en caso de lograrlo no tendrían tiempo para ponerse a salvo. Era imposible competir en velocidad con aquellos seres. Se movían como felinos. Aquel virus parecía haberlos convertido en un híbrido entre humano y algún tipo de animal salvaje.

Michael se deslizó tejado abajo hasta llegar al tejadillo del porche y desde allí habló con Sebastian quien le esperaba impaciente.

—Está viva — dijo Michael para tranquilizar a su amigo. — Ha quedado inconsciente en lo alto de una repisa. Pero el granero está lleno de infectados. Debían estar dormidos y nuestro ruido los ha despertado.

—¡Mierda! — exclamó Sebastian asustado, mirando en todas direcciones.

—Tranquilo, no pueden salir. La puerta principal está bien cerrada.

—¿Y qué hacemos?

—Alguien tiene que ir a buscar ayuda. Iré yo. Tú tendrás que quedarte vigilando por si Claudia despierta. Si se levanta podría caerse de la repisa... Vigila y si ves que despierta háblale y no dejes que se mueva.

—¿No sería mejor que esperásemos a que vinieran a buscarnos?

—¿Quién va a venir? Dijimos a nuestros padres que no nos alejaríamos y lo hemos hecho. Nadie sabe donde estamos. Pueden pasar días hasta que decidan inspeccionar esta zona.

—De acuerdo — accedió el muchacho.

Michael estiró su brazo y ayudó a Sebastian a subir. Treparon hasta el agujero y Sebastian se sobrecogió de la misma forma que lo había hecho su amigo minutos antes. Lo que se removía en el fondo de aquel edificio, entre aullidos y lamentos de rabia, era capaz de hacer temblar de terror al más valiente.

—No te muevas de aquí — ordenó Michael. — En un par de horas habré vuelto con ayuda.

Antes de que pudiera contestar, Michael ya se deslizaba por el tejado y saltaba del porche con agilidad. Entonces Sebastian volvió la vista al interior del agujero. Había algo que no le cuadraba. ¿Cómo habían entrado todos aquellos seres allí? ¿Quién los había encerrado? Nervioso inspeccionó el interior del enorme granero, haciendo un esfuerzo por distinguir entre las

sombras. Al cabo de unos segundos descubrió algo que le sobresaltó y le hizo proferir una maldición. En la parte sur del granero, muy cerca de la pared lateral por la que habían trepado, de forma que apenas se veía, había varios tablones rotos por los que se colaba la luz exterior. Por lo tanto, existía otra entrada que era la que debían haber usado los infectados en busca de un lugar oscuro y protegido donde hibernar. Y si habían entrado también podían salir. Peor aún... ¿Era posible que alguno ya estuviera fuera!

Rápidamente, se deslizó por el tejado hasta el tejadillo y buscó a su amigo con la mirada. Michael corría campo a través, y a unos cincuenta metros uno de aquellos infectados le perseguía a una velocidad endiablada, encorvado y apoyando de vez en cuando las manos en el suelo como si fuera un grotesco y deforme simio. Sebastian gritó su nombre con todas sus fuerzas y Michael se volvió. Al hacerlo descubrió al ser de pesadilla que se dirigía hacia él. Reanudó la carrera a mucha más velocidad, tanta como se puede alcanzar cuando tu vida depende de ello. Sin embargo, aquel ser era mucho más rápido. Sebastian supo que Michael no iba a poder escapar y cogió el arco que llevaba colgado a su espalda. Intentó colocar una flecha, pero le temblaban las manos. Cuando por fin pudo apuntar se dio cuenta de que estaban demasiado lejos. Mucho más de lo que podía alcanzar con su mejor disparo. Se quedó petrificado con el arco entre las manos mientras asistía impotente a la cruel y dramática escena que se desarrollaba ante sus ojos. El infectado estaba cada vez más cerca, y en un momento dado el muchacho, consciente de que estaba a punto de ser atrapado, se volvió valientemente para hacer frente al ataque. La bestia lo derribó como si fuera un muñeco, y durante varios segundos Sebastian contempló horrorizado como hundía una y otra vez la cabeza contra el cuerpo de su amigo, destrozándolo con salvajes mordiscos. La resistencia del chico apenas duró unos segundos tras los cuales quedó inerte, convertido en un festín para aquella aberración de la naturaleza.

Sebastian consideró durante unos instantes sus opciones. Sin duda, otros infectados no tardarían en utilizar la abertura para salir del granero y quedaría atrapado en aquel tejado. No sabía de cuanto tiempo disponía mientras aquellos demonios siguieran distraídos en el interior del granero y el otro estuviera ocupado devorando a su amigo. Así que a pesar del miedo que sentía, saltó del tejadillo y empezó a correr como nunca antes en dirección opuesta a donde su amigo estaba siendo devorado. Corrió como alma llevada por el diablo durante varios minutos, con la angustia de no saber si alguno de esos seres le estaba persiguiendo. No se atrevió a volver la vista atrás ni un solo instante. Si le seguían era mejor no saberlo. Tan solo tenía que correr y correr hasta que estuviera muy lejos de allí. Por fortuna pudo alcanzar el interior del bosque y solo se detuvo cuando se sintió protegido entre la espesura de los árboles. Allí, con las manos sobre las rodillas, empezó a vomitar debido al esfuerzo y la tensión acumulada.

CAPITULO IX

EL GRUPO

Travis se puso en pie de un salto cuando vio llegar a Sebastian empapado en sudor y con el rostro descompuesto como si acabase de ver a la muerte. Todas las personas que se encontraban en aquel momento fuera de sus casas se acercaron con enorme preocupación ante el aspecto del muchacho.

—¿Qué ha pasado Sebastian? — preguntó Robert Sullivan, un hombre de barba y pelo cano al que todos respetaban por ser el de mayor edad en el poblado, así como por su enorme diplomacia y capacidad para mediar en los conflictos.

—El... el... granero... — balbuceó el muchacho al que le faltaba tanto el aliento como el valor para explicar lo que había sucedido.

—Tranquilo, respira. Tómate tu tiempo — dijo Travis tratando de calmar al muchacho.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Michael? — preguntó un hombre grueso mientras se abría paso entre el corro de personas que había rodeado al chico. Era John, el padre de Michael.

El chico lo miró y abrió la boca, pero de ella no surgió ninguna palabra. Sus ojos se humedecieron y brotaron las lágrimas, lo cual significaba por si solo una respuesta que hizo encogerse el corazón de John como si la fría mano de la muerte acabase de apretarlo como una esponja.

—¿Dónde está Michael? ¿Dónde está mi hijo? — gritó el padre zarandeando al muchacho por los hombros.

—Mantengamos la calma. Ahora nos lo explicará todo. Solo necesita descansar un poco — dijo Travis mientras colocaba amistosamente la mano sobre el hombro del angustiado padre.

Sebastian se sentó durante un par de minutos sin dejar de llorar. Una mujer le trajo un pañuelo y un vaso de agua que el muchacho bebió hasta la mitad. En cuanto pudo, con muchas dificultades, explicó todo lo sucedido. John cayó de rodillas y se quedó en completo silencio, sollozando. La rabia y la impotencia invadieron a Travis cuando supo que Claudia se había quedado sola e inconsciente en aquel granero, con una horda de infectados tratando de alcanzarla. A pesar de ello, mantuvo su semblante serio y calmado. Dio media vuelta y se dirigió a su cabaña que se encontraba a tan solo unos metros. Apenas un minuto más tarde volvía a salir. Llevaba un arco a la espalda, una cuerda al hombro, una pistola enfundada al lado derecho del cinturón y un enorme cuchillo de caza en su lado izquierdo.

—Te acompaño — dijo Bryan, uno de los hombres del grupo. — Ir solo es un suicidio si, como ha explicado el muchacho, hay tantos infectados. Esos monstruos son condenadamente peligrosos.

Varios hombres más se ofrecieron a acompañarle.

—No tenéis por qué hacerlo — dijo Travis.

Nadie respondió. En lugar de eso fueron a buscar sus armas, excepto un par de ellos que ya las llevaban encima.

—Yo también iré — dijo John.

Aquella decisión no gustó a Travis. Aquel hombre estaba demasiado afectado, pero no era el momento oportuno para discutir. Cada segundo era crucial para poder rescatar a Claudia con vida, así que sin perder más tiempo cogieron varios caballos y se pusieron en camino. Sebastian también les acompañaba montado en la grupa de uno de los corceles. En su estado no podía aportarles mucho en caso de enfrentamiento, pero su información podía ser valiosa.

Durante el trayecto Travis repasó mentalmente todo lo sucedido en los últimos tres años. Él nunca había querido unirse a un grupo, siempre le había ido mejor por libre. Sin embargo lo hizo por Claudia. Su vida nómada, siempre de un lugar a otro, evitando a la gente, no era la apropiada para una niña. Ella necesitaba un sitio fijo, algo que pudiera llamar hogar. Necesitaba crecer con niños de su edad en una burbuja que la evadiera del cruel y despiadado lugar en que se había convertido el mundo. El problema era que acercarse a otras personas siempre entrañaba un terrible riesgo. Formar parte de un grupo fuerte podía darte seguridad, pero comportaba aceptar una serie de normas. Tener que hacer cosas terribles que en muchos casos implicaban dejar los valores humanos de lado con tal de no ser excluido o algo peor. Por el contrario, formar parte de un grupo débil suponía un riesgo mucho mayor. Solían ser presa fácil de otros grupos más fuertes que les atacaban para robarles, quitarles a sus mujeres o simplemente matarlos para consumir su carne. Travis sabía que el canibalismo era una práctica muy extendida, sobre todo en invierno, cuando la comida escaseaba.

Finalmente esta última fue la opción escogida, aunque no de modo premeditado. Caminaban por una carretera secundaria en las afueras de Atlanta cuando a un lado de la carretera vieron a unos niños jugando. Cuando los niños vieron llegar a Travis se escondieron, pero permanecieron asomados detrás de unos arbustos. Miraban con curiosidad a la niña que le acompañaba, de edad muy parecida a la suya. El interés era mutuo, por lo que Claudia también se detuvo delante de ellos. El aspecto de los niños era bastante deplorable, por lo que Travis sacó algo de la comida que llevaba en la mochila y se la ofreció, haciéndoles señas para que se acercasen. Aquello fue suficiente para que los niños vencieran su miedo y se acercaran tímidamente. Eran tres niños y dos niñas. Claudia habló con ellos mientras devoraban ansiosamente la comida. Travis se limitaba a observar. Les preguntó donde vivían y un chico llamado Sebastian le respondió que formaban parte de un grupo instalado en un claro del bosque. Otro niño algo mayor le dio una colleja advirtiéndole que tenían prohibido hablar del poblado con extraños. Sin embargo el resto no le hizo caso. Aquel hombre les había dado comida y cuidaba de una niña, por lo que no aparentaba ser peligroso. Los niños se ofrecieron para llevarles al poblado y Claudia miró a Travis con un brillo de emoción y ruego en los ojos. Había llegado el momento que durante tanto tiempo había evitado. Jamás unirse a grupos. Jamás implicarse emocionalmente con otras personas. A pesar de ello accedió. Siguió a los muchachos hasta un claro del bosque donde en poco espacio se agrupaban varias cabañas de estilo rudimentario. Varios hombres y mujeres se acercaron con recelo cuando vieron llegar al extraño que acompañaba a sus muchachos, los cuales fueron abroncados de inmediato por su imprudencia. Sin embargo enseguida volcaron su atención en Travis y Claudia con aspecto amistoso. Era evidente que aquella gente necesitaba brazos fuertes que les ayudaran tanto en la defensa como en la supervivencia diaria.

Así fue como Travis y Claudia se unieron al grupo. Para Travis aquello supuso mucho más trabajo del que había tenido hasta entonces: conseguir comida para más personas, enseñar a los jóvenes a fabricar herramientas de caza, ayudar en la seguridad y la vigilancia... Sin duda Travis daba mucho más de lo que recibía de aquella gente, pero se sentía útil y a gusto. Y lo más importante, había encontrado un hogar para Claudia en el que podía ser feliz. O al menos lo bastante feliz que se podía ser en aquellas circunstancias.

Todo aquello había cambiado aquel día con el accidente de Claudia y la muerte de Michael. Sin duda ya nada volvería a ser igual.

Cabalgaron en silencio durante casi una hora hasta que Sebastian habló.

—Ya hemos llegado. La granja está tras ese repecho...

Sus palabras quedaron cortadas por el terrorífico grito de un infectado que se abalanzaba hacia ellos a gran velocidad. Sin apenas tiempo para apuntar, Travis levantó su arco y una flecha salió disparada clavándose en el ojo del repulsivo ser. El monstruo se detuvo llevándose las manos a su ojo reventado en un evidente gesto de dolor. Uno de los hombres sacó un enorme machete de su funda y aprovechó aquel momento para clavarlo con fuerza en el cuello del infectado, quien ahora sí cayó muerto.

—Os seré sincero — dijo Travis. — No tengo tiempo para pensar en ningún plan. Iré directamente hasta ese granero y sacaré a Claudia. Por el camino habrá muchos como este. No tenéis por qué acompañarme. Lo entenderé perfectamente si preferís volver atrás con vuestras familias.

Ninguno de los hombres respondió durante varios segundos.

—Vamos. No perdamos más tiempo — dijo finalmente Bruce, un hombre de cabello y barba pelirroja, mientras espoleaba a su caballo.

En cuanto llegaron a lo alto del repecho se abrió ante sus ojos el enorme campo de cultivo que rodeaba el granero. Decenas de infectados que deambulaban por él sin rumbo volvieron de pronto la vista hacia los jinetes que acababan de aparecer a lo lejos. Al instante y como si todos estuvieran sincronizados, empezaron a correr como poseídos en dirección a los recién llegados, con una furia animal que contraía sus rostros y les hacía parecer demonios enloquecidos.

—¡Sacad las armas de fuego! — gritó Travis. — Ya nos han visto. No sirve de nada evitar el ruido de los disparos.

Todos le obedecieron y al instante se desató una tormenta de fuego en dirección a los terroríficos infectados que se acercaban a enorme velocidad. Algunos de ellos empezaron a caer abatidos por las balas, pero la mayoría de disparos erraban su objetivo debido a la poca habilidad que tenían aquellos hombres con las armas y a lo rápido que se movían aquellos seres. Travis había intentado enseñarles a disparar, pero la escasez de munición hacía que las clases tuvieran que ser únicamente teóricas, ya que convenía guardar y atesorar la munición para momentos de peligro como aquel.

No tardaron en tener a los infectados encima. Travis apuntaba siempre al que se encontraba más cerca, pero cada vez que abatía a uno aparecía otro más próximo que el anterior. Algunos infectados se abalanzaron sobre los hombres que se encontraban en los flancos del grupo. Aquellos seres tenían algún tipo de maligna inteligencia, ya que no atacaban a los caballos, sino que saltaban directamente sobre los jinetes, derribándoles de su montura, como si supieran que el peligro no venía de los animales, si no de quienes los cabalgaban. ¿O tal vez por algún capricho macabro preferían la carne humana a la animal? Imposible saber si les movía la inteligencia o el puro instinto asesino.

Empezaron los alaridos de pánico, unidos a los de dolor y muerte. La mayoría de hombres que tuvieron la fortuna de no ser atrapados huyeron en desbandada. Un par de caballos se encabritaron arrojando a los jinetes al suelo, donde rápidamente fueron destrozados por los infectados que cada vez se arremolinaban en mayor número.

Travis se dio cuenta de que eran ya muy pocos los que resistían entre aquella marabunta de demonios, así que espoleó con fuerza a su caballo para salir del tumulto. Mientras se abría paso daba patadas a los monstruos que se le acercaban, intentando atrapar o morder sus piernas. Un

par de hombres le siguieron en dirección al granero. Cuando llegó al porche contiguo detuvo su caballo y poniéndose de pie sobre la montura saltó hasta el tejadillo. Desde allí se volvió para ayudar a los que le seguían. Eran Bruce y John, el padre de Michael. Travis les tendió la mano y les ayudó a subir al tejadillo. Después se dio media vuelta y empezó a trepar por el tejado principal del granero hasta localizar el agujero por el que había caído Claudia. Se asomó y emitió un profundo suspiro de alivio al ver que la muchacha seguía allí, inconsciente. Se quitó la cuerda del hombro y cuando estaba empezando a desenrollarla sintió una fuerte patada en la espalda que le hizo caer por el boquete hasta la repisa. Travis hizo lo que pudo para no aplastar a la muchacha, frenando su caída con brazos y piernas, pero no pudo evitar doblarse una muñeca y golpearse fuertemente una rodilla debido a la mala posición en su caída. Acto seguido se volvió con velocidad hacia arriba mientras sacaba su arma y solo alcanzó a ver como John se echaba hacia atrás para quedar fuera de la línea de tiro.

—¿Qué cojones has hecho? — gritó Bruce que se encontraba detrás de John.

—No te acerques Bruce — dijo John apuntándole con su arma. — Por culpa de este tipo he perdido a mi hijo. Todo iba bien hasta que vino él y empezó a meterle en la cabeza a los muchachos la idea de que tenían que aprender a cazar, a disparar y a sobrevivir por ellos mismos. Y mira las consecuencias. Yo siempre protegí y cuidé de Michael para que nunca pudiera pasarle algo así. ¡Es él quien debería haber muerto y no mi hijo!

Bruce levantó los brazos asustado. Aquel hombre había perdido la cabeza y era peligroso contrariarlo. Necesitaba a alguien a quien poder castigar por la muerte de su hijo y Travis había sido el elegido.

—Vámonos de aquí — siguió John. — Si esos monstruos atacan a nuestros caballos no podremos escapar. Estaremos atrapados. Tenemos que irnos ya.

Bruce no estaba de acuerdo en absoluto con lo que había hecho John, pero si con lo último que había dicho. Debían marcharse o quedarían atrapados. Tampoco podía ayudar a los que habían caído dentro del granero, ya que si lo intentaba aquel loco le volaría la tapa de los sesos. Veía en sus ojos que estaba dispuesto a hacerlo. Así pues, se deslizó hacia abajo mientras John le seguía apuntando con el arma. Desde el tejado del porche se dejaron caer sobre sus monturas y se marcharon. Varios infectados trataron de alcanzarlos, pero no tardaron en dejarlos atrás al galope de los caballos.

CAPITULO X

VENGANZA NO SIGNIFICA PAZ

Travis se arrodilló al lado de Claudia y le comprobó el pulso. Respiró aliviado cuando notó que las pulsaciones eran normales. Después le dio unos pequeños cachetes en la cara. Durante un par de minutos que le parecieron eternos la chica no reaccionó, pero finalmente apreció una mueca de dolor en su cara, segundos antes de que empezara a parpadear y moverse.

—Tranquila, no te muevas bruscamente. Tenemos que asegurarnos de que no te hayas roto nada.

La muchacha abrió los ojos y contempló a Travis que a pesar de esbozar una enorme sonrisa, no podía ocultar la preocupación en su rostro.

—¿Qué ha pasado? — preguntó ella — Recuerdo haber trepado al tejado del granero a recoger un faisán que habíamos cazado...

—Te caíste. Sebastian vino a pedir ayuda.

—¿Sebastian? ¿Y dónde está Michael?

—Luego te lo explico — dijo Travis mientras levantaba la vista y empezaba a inspeccionar los alrededores. — Ahora tenemos que salir de aquí.

—¿Dónde está Michael? — repitió Claudia mirando a Travis a los ojos con evidente preocupación.

—Ha muerto — dijo Travis con enorme pesadumbre. Sabía lo que esa noticia iba a significar para ella. — Este granero estaba lleno de *durmientes* que despertaron al romperse el tejado. Uno de ellos atrapó a Michael mientras corría hacia el poblado para pedir ayuda.

La muchacha lo miró incrédula al tiempo que sus ojos se humedecían. Luego ocultó su rostro bajo las manos y agachó la cabeza mientras empezaba a sollozar.

—Lo siento. Lo siento mucho, Claudia. De veras.

Travis la atrajo hacia si y durante unos minutos dejó que se desahogara llorando sobre su pecho. Cuando se separaron, la chica permaneció cabizbaja mirando hacia el suelo de la plataforma mientras las lágrimas seguían resbalando por sus mejillas.

Sabía que nada de lo que dijera podía consolar en ese momento a Claudia, y era urgente encontrar una salida de aquel sitio, así que se levantó y empezó a inspeccionar el lugar. A varios metros bajo la repisa todavía quedaban una decena de infectados que les miraban y gruñían llenos de odio y rabia, por lo que bajar iba a ser imposible. Tenía munición para acabar con todos ellos, pero si empezaba a disparar no tardaría en atraer a todos los que estaban fuera. Tenía que encontrar una forma más silenciosa de salir de allí.

Travis se puso a inspeccionar la pared de madera frente a la que se encontraba. Los tablones eran viejos, pero se mantenían firmes y eran difíciles de arrancar sin las herramientas adecuadas. Siguió inspeccionando la pared mientras caminaba por la plataforma que se alargaba de un extremo al otro del granero. Al llegar al final observó que en aquella parte la madera estaba bastante podrida por la humedad. Con suerte a través de aquel punto podrían abrirse paso. Volvió sobre sus pasos hasta el punto donde había dejado a Claudia. Recordaba haber visto unas

herramientas junto a algunos sacos de pienso. Rebuscó entre ellas hasta encontrar lo que andaba buscando; un pico. Con él en las manos volvió hacia el punto donde la madera estaba podrida y tras afianzar los pies firmemente sobre el suelo asestó un primero golpe. Respiró aliviado cuando vio que el metal atravesaba con facilidad la húmeda madera. Necesitó apenas siete u ocho golpes para abrir un pequeño agujero en la pared. A continuación se sirvió del mismo pico para hacer palanca entre las podridas tablas. Algunas se partieron por su propio mal estado, mientras que con otras tuvo que hacer un mayor esfuerzo para arrancarlas. Había tenido suerte de la antigüedad y el deterioro de aquel viejo granero, ya que con uno de construcción más reciente y robusta le hubiese sido imposible realizar ese trabajo. Al cabo de apenas quince minutos había abierto un boquete lo bastante grande como para que pudiera atrevesarlo su propio cuerpo. En el exterior, a unos cuatro metros bajo el agujero, se agolpaban varios infectados atraídos por el sonido de los golpes y por la visión del propio Travis a través de la abertura en la pared.

Travis se acercó a Claudia, quien seguía acurrucada sobre unos sacos de pienso, totalmente ausente. Por lo menos había dejado de llorar.

—Claudia, he encontrado la forma de salir de aquí. Nos descolgaremos por ese agujero y nos arrastraremos a través del campo de cultivo hasta que estemos suficientemente lejos. Esperaremos a que anochezca, ya que con esta luz los infectados pueden vernos y podrían atraparnos fácilmente.

Claudia no contestó, así que Travis optó por sentarse a su lado en silencio. No sabía que decir que pudiera reconfortar a la muchacha. No se le daban bien los discursos de ánimo. A decir verdad, no se le daba bien ningún tipo de discurso. El hecho de que nunca hubiera tenido hijos y no tuviera experiencia a la hora de lidiar con problemas de adolescentes no le ayudaba en absoluto. Sabía que entre Michael y ella había algo más que amistad, aunque nunca hubiesen hablado sobre ello.

—¿Por qué nadie del poblado te ha acompañado? —preguntó Claudia al cabo de un rato.

—Sí que lo hicieron. Vinieron una quincena de hombres, pero al llegar aquí los infectados nos atacaron y varios de ellos murieron. Otros huyeron cuando vieron que las cosas se ponían feas. Bruce y el padre de Michael me acompañaron hasta el tejado...

—¿Y dónde están ahora?

—John me empujó aquí dentro. Me culpa de lo que le ha pasado a su hijo. Se han marchado sin nosotros.

Claudia lo miró a los ojos con tristeza durante un largo rato sin decir nada. Se sentía culpable, ya no solo por la muerte de Michael, también de que Travis estuviese allí atrapado por su culpa.

—No es culpa tuya —dijo Travis adivinando sus pensamientos.— Ahora el mundo es así. Todos hemos visto morir a gente cercana. Cada cosa que hacemos entraña riesgos y a pesar de ello debemos seguir haciéndolas. No podemos pretender vivir en una burbuja. Debemos seguir con nuestras vidas, aunque a menudo eso signifique asumir riesgos.

La muchacha asintió, más por el esfuerzo que le había costado a Travis dedicarle esas palabras que por el consuelo que realmente le suponían. Lo quería como a un padre y aunque le costaba mostrar afecto, era consciente de los sacrificios que había hecho. Sabía que si había aceptado vivir en comunidad durante aquellos tres años había sido únicamente por ella. Se sentía vulnerable estando atado a un grupo, y no era por egoísmo como la gente solía interpretar. Era porque cuando se implicaba con otras personas se sentía responsable de todos ellos. Y esa era una carga demasiado grande para un solo hombre.

Pasaron un par de horas cuando Travis se asomó fugazmente por el agujero y pudo

comprobar que por fin el sol había abandonado completamente el horizonte y la oscuridad había tomado su lugar. A pesar de eso el resplandor de la luna todavía ofrecía algo de claridad, por lo que debían tener máximo cuidado para no ser vistos. A los pies del agujero todavía deambulaban varios infectados.

—Ha llegado el momento — dijo Travis mientras desenfundaba la pistola. — Voy a hacer algo de ruido. Tenemos que conseguir que entren aquí todos los infectados que podamos. Cuantos más haya aquí dentro, menos habrá fuera. Dicho esto apuntó a la cabeza del más cercano y disparó. Una vez. Luego otra. Y otra. Y varias más. Varios infectados fueron derrumbándose con la cabeza agujereada, aunque no todos los disparos fueron certeros. Era difícil acertarles debido a sus movimientos espasmódicos. Si su sola apariencia ya era aterradora, aquellas convulsiones les conferían un aspecto todavía más bizarro y perturbador.

Por cada uno que eliminaba dos o tres nuevos entraban al granero ocupando su lugar. Al cabo de varios minutos, cuando Travis observó que ya no entraban más infectados, se dirigió al agujero y observó el exterior. Podía ver cuatro o cinco, pero ninguno se encontraba cerca de la pared por la que pensaban descender. Travis cogió la cuerda que durante todo ese tiempo había tenido enrollada al hombro y ató fuertemente un extremo a una de las vigas que sostenían la plataforma donde se encontraban. Después lanzó suavemente el otro extremo por el agujero. Acto seguido se colocó el dedo índice sobre los labios en señal de silencio mientras con la otra mano pedía a Claudia que se acercara.

—Me descolgaré yo primero y te haré una señal desde abajo si veo que todo es seguro — susurró Travis.

La muchacha hizo un gesto serio de asentimiento. A Travis le impresionaba el aplomo que la chica mostraba en los momentos más difíciles, dominando de forma ejemplar el temor que sin duda sentía en su interior.

Se descolgó rápidamente para no ser visto. Una vez en el suelo se arrodilló para quedar oculto tras unos arbustos y miró a su alrededor para comprobar que la zona era tan segura como le había parecido desde las alturas. No había ningún infectado a menos de cincuenta metros, por lo que rápidamente hizo una señal con la mano a Claudia para que bajara. La muchacha comenzó a descender demasiado lento para el Travis, quien temía que en cualquier momento pudiera ser descubierta por alguno de aquellos engendros. Por fortuna logró alcanzar el suelo sin incidentes y se agachó al lado de Travis. Ambos se tumbaron y comenzaron a arrastrarse en la misma dirección por la que Travis había venido. Al pasar junto al porche no pudo evitar estremecerse al ver que su caballo yacía cubierto de sangre y terribles heridas.

Reptando de esa forma la huida se hizo extremadamente lenta. En ocasiones Travis variaba ligeramente la dirección cuando veía a lo lejos a alguno de los infectados. Si alguno los descubría y se veía obligado a usar el arma, tendrían a decenas encima en cuestión de segundos. Una muerte segura y terrible.

Tras veinte minutos que se hicieron eternos para ambos, y tras asegurarse de que no veía a ningún infectado por los alrededores, consideró que ya podían incorporarse. Por precaución corrieron encorvados durante un par de minutos más hasta que alcanzaron el camino que les había llevado hasta allí y pudieron respirar aliviados.

—No lo hagas — dijo Claudia mientras caminaban de regreso al poblado.

—¿Que no haga el qué?

—No mates al padre de Michael.

—Él ha intentado matarme. Y a ti también — dijo Travis después de una larga pausa. — No puedo pasar eso por alto.

—Michael sacrificó su vida para salvarme. Creo que lo único que podemos hacer para agradecérselo es respetar la vida de su padre. Sin duda es lo que querría, a pesar de lo que ha hecho.

Travis miró a Claudia y no dijo nada.

Era noche cerrada cuando llegaron al poblado. Varios hombres y mujeres que se encontraban calentándose alrededor de una fogata abrieron los ojos como platos al verlos llegar, como si estuvieran viendo a dos fantasmas. Nadie dijo nada. Travis se dirigió a la cabaña de John. Cuando llegó a la puerta la abrió de una fuerte patada. Dentro, en un sillón, se encontraba John quien se levantó como accionado por un resorte. Travis no le dio tiempo a hablar. Dio un par de zancadas hacia él y lo derribó de un terrible puñetazo. John escupió dos dientes y le miró desde el suelo, aunque no parecía asustado. Era como si la vida no significara nada ya para él. Travis lo miró durante un largo rato con los puños cerrados y gesto amenazante.

—Dale las gracias a Claudia por seguir con vida — dijo finalmente antes de dar media vuelta hacia la puerta. Cuando iba a salir se detuvo un momento y se volvió de nuevo hacia John que todavía no había logrado incorporarse. — Y siento mucho lo de Michael. Te juro que lo siento profundamente.

Cuando salió se encontró con Claudia, quien esperaba fuera con gesto de preocupación.

—Me marcho Claudia. Puedes quedarte aquí si consideras que este es tu sitio. Lo entendería perfectamente.

—No, no es mi sitio. Ahora ya no — dijo ella.

CAPITULO XI

EL FINAL DEL VIAJE

Travis y Claudia cabalgaban a través del condado de Volusia en Florida. Andaban buscando un pueblo, Hiddenville, cuyo nombre hacía clara alusión a su propia naturaleza, ya que se hallaba escondido a los pies de altos acantilados y al otro lado de un lago de algo más de una milla de ancho, el cual se podía atravesar mediante un viejo barco pesquero reconvertido para turistas. No obstante, la mayoría de habitantes del pueblo tenían su propio bote, el cual empleaban tanto para pescar como para atravesar el lago sin estar restringidos a ningún horario.

Durante varias semanas habían estado deambulando por la región sin rumbo fijo, debido a que Travis no recordaba el lugar exacto donde se encontraba el pueblo. Era tan pequeño que haciendo nuevamente honor a su nombre, no estaba indicado en ninguna parte. Finalmente, en una incursión nocturna a la ciudad de Holly Hill, en un viejo hotel abandonado, lograron encontrar un mapa de Florida y descubrir por fin la ubicación del pueblo, que se mostraba como un punto insignificante al sur del condado. Debido a ese golpe de fortuna, el humor de ambos era radiante. Se encontraban ya a apenas treinta millas de su destino. Su meta soñada desde mucho tiempo atrás. A pesar de ello, Travis hacía todo lo posible por mantenerse calmado, ya que le preocupaba la clase de gente y situación que pudieran encontrar allí. Aquel sitio podía haberse convertido en el refugio de alguna banda, por lo que la precaución debía ser máxima. Sin embargo, era inevitable un prudente optimismo, puesto que un lugar tan recóndito no resultaba el sitio idóneo para un grupo que subsistiera a base de saquear y atacar a otros grupos.

Claudia era incapaz de disimular su impaciencia. En ocasiones se adelantaba y cuando llegaba a alguna bifurcación tenía que detenerse y esperar a que Travis le alcanzara para indicarle por donde debían continuar. Otras veces se distraía y se quedaba rezagada mirando cualquier detalle del paisaje o dejando que el caballo se detuviera a comer. Se había dejado crecer una bonita melena oscura que le caía sobre los hombros. A sus dieciocho años se había convertido en una mujer a la que le resultaba muy difícil ocultar su belleza. Poco quedaba ya de esa niña testaruda y curiosa, aunque mantenía intacta en su mirada la jovialidad e inteligencia que siempre le había caracterizado.

—¿Qué fue de tus padres? Nunca me has hablado de ellos más allá de que te traían algunos veranos a este sitio — preguntó Claudia una de las veces en las que se había situado a su misma altura.

—Mis padres fallecieron en un accidente de tráfico cuando yo tenía solo doce años — respondió Travis sin que su rostro desvelara ninguna emoción. — Después fui a vivir con mi abuela, quien también murió cuatro años más tarde debido a un cáncer.

—Vaya, lo siento, no sabía... — intentó disculparse Claudia.

—Después de eso me quedé solo. Empecé a convivir y salir con amigos que no eran buenas compañías... Hice algunas cosas de las que no me siento orgulloso. Pude haber terminado mal, pero por suerte un vecino mayor que yo se dio cuenta de mis problemas y me echó una mano. Un día me pidió que le acompañara al gimnasio donde entrenaba y me convenció para empezar a

practicar boxeo. Al cabo de un tiempo estaba enganchado al deporte y mis hábitos de vida cambiaron totalmente. Supongo que con el tiempo se madura, pero a veces necesitas que alguien te eche una mano...

Claudia le escuchaba con atención sorprendida por las similitudes entre sus vidas marcadas por la tragedia. Ahora entendía mejor por qué aquel hombre era tan hermético y rehuía de esa forma el contacto con otras personas.

Al cabo de un par de horas, Travis empezó a distinguir paisajes que le resultaban vagamente familiares y supo que se encontraban muy cerca de su destino. Más adelante pararon a descansar junto a una fuente que recordaba bien, ya que de niño le había impresionado que el fondo de la misma estuviera lleno de monedas. En ese sitio existía la tradición de lanzar una moneda mientras pensabas un deseo que supuestamente se terminaba haciendo realidad. Misteriosamente, las monedas desaparecían cada cierto tiempo. Cuando le explicó la historia, Claudia tuvo la tentación de lanzar alguna moneda, pero no tenía ninguna. El dinero había dejado de tener valor mucho tiempo atrás, por lo que ya no tenía sentido llevarlo encima.

Retomaron la marcha, dispuestos a encarar el último tramo del viaje. Cabalgaron por el camino de tierra hasta lo alto de una colina y una vez arriba pudieron ver el lago a lo lejos. Su orilla más cercana estaba casi oculta por los árboles, pero el agua era perfectamente visible. Se podía apreciar al otro extremo la orilla opuesta en la que apenas se distinguía el barco de pasajeros amarrado al pequeño puerto de madera.

—Tendremos que buscar algún medio para llegar al otro lado — dijo Travis manteniendo su tono calmado y sereno.

—¿Crees que se podría cruzar a nado?

—Es posible, pero prefiero no tener que averiguarlo. Además, supongo que no te hará gracia tener que bañarte entre pirañas...

—¿Pirañas? — preguntó Claudia sobresaltada.

—Por supuesto, ¿nunca has oído hablar de las terroríficas pirañas de Florida?

—Vete a la mierda — respondió Claudia cuando se percató de que le estaba tomando el pelo. Travis se rio y ambos iniciaron el descenso hasta el lago. Al llegar a la orilla vieron un pequeño puerto de madera similar al que podía observarse al otro extremo. Aparentaba estar totalmente abandonado.

—No hay ningún bote — dijo Claudia con gesto abatido.

—Es normal. Si yo viviera al otro lado de ese lago, también procuraría no facilitarle a ningún extraño los medios necesarios para llegar hasta allí.

—Eso significa que no seremos bienvenidos...

—No necesariamente. Es normal que la gente tome precauciones, pero una vez que nos conozcan y sepan que no somos peligrosos, no tienen por qué rechazarnos. De hecho, ni siquiera sabemos si hay gente viviendo al otro lado, y en caso de que la hubiera nosotros tenemos tantos motivos para desconfiar como puedan tener ellos.

—¿Entonces qué hacemos?

—Vamos a recorrer esta orilla. Quizá con un poco de suerte encontremos algo que podamos usar para cruzar ese charco. De lo contrario tendremos que esperar a que alguien se aproxime desde la otra orilla, lo cual no sabemos si sucederá. Eso o construir nuestra propia balsa, lo que nos demorará un par de días.

Caminaron durante varios minutos hasta que Claudia vio algo que le llamó la atención. Detrás de unos matorrales y escondido bajo unas ramas se podía ver el lateral de lo que parecía un bote.

—¿Eso de ahí no es...?

—Sí, parece un bote — se anticipó Travis mientras se adelantaba en dirección al objeto. — Puede que hoy sea nuestro día de suerte.

Al llegar se dio cuenta de que efectivamente era un bote que se encontraba semiculto. Una lona lo cubría parcialmente, mientras que parte de las ramas que habían usado para esconderlo se encontraban esparcidas por el suelo, como si alguien lo hubiera destapado sin llegar a usarlo. Era extraño, pero les había venido bien que así fuera, ya que de lo contrario posiblemente les hubiera pasado inadvertido. Travis se volvió hacia Claudia, que se acercaba con gesto sonriente.

—Por fin nuestra suerte cambia — elevó la voz Travis. — Dentro de una hora estaremos en Hiddenville. Estoy deseando que lo veas. Estoy seguro de que te va a...

Travis se detuvo al ver que de pronto el rostro alegre de Claudia se transformaba en una mueca de terror. De inmediato sintió un dolor terrible en su antebrazo derecho mientras una enorme fuerza tiraba de él hacia atrás, haciéndole caer de espaldas. Entonces vio claramente al infectado que apresaba su brazo entre las fauces mientras daba tirones de un lado a otro con enorme ferocidad intentando arrancárselo. Travis pensó que no iba a tardar en conseguirlo, ya que notaba quebrarse sus huesos bajo la enorme presión de aquellas mandíbulas. Lanzó un terrible alarido de dolor. Quería usar la cuchilla que llevaba oculta bajo el guante de su mano izquierda y que tantas veces le había salvado, pero no podía hacerlo, ya que para accionar el resorte necesitaba ayudarse del brazo que tenía atrapado. Travis forcejeó con su agresor, que a pesar de su apariencia humana tenía la fuerza e instintos de un perro de presa. De esos que una vez cierran las fauces sobre su presa ya no la abren ni haciendo palanca. La sangre chorreaba de su maltrecho brazo mientras empujaba con las piernas a aquel demonio, tratando de mantener la distancia sin éxito. Tenía una fuerza muy superior a la de cualquier humano. Pronto su vista empezó a nublarse y se dio cuenta de que en cualquier momento iba a perder el conocimiento. Con sus últimas fuerzas lanzó un grito de aviso.

—¡Corre Claudia, corre todo lo que puedas! ¡No pares, corre!

Durante unos instantes rezó para que la chica le hubiera escuchado. De pronto una mano con un cuchillo apareció desde atrás atravesando el cuello de la criatura. La bestia soltó su presa mientras saltaba hacia atrás, rodeando su cuello herido con las garras. Empezó a agitarse mientras intentaba gritar, pero no podía emitir ningún sonido con aquel cuchillo dentro de su garganta. Se movía entre espasmos mientras caminaba de un lado a otro en plena agonía. Un torrente de sangre casi negra fluyó desde su cuello hasta el suelo. Claudia dio varios pasos hacia atrás alejándose de la bestia y Travis hizo lo propio arrastrándose hasta que su espalda topó con el bote. El monstruo siguió tambaleándose compulsivamente durante casi un minuto hasta que finalmente cayó al suelo muerto. Claudia corrió hacia Travis con el rostro blanco como la cera y los ojos bañados en lágrimas.

—Salió de dentro del bote. Estaba escondido bajo la lona. Fue muy rápido. No... no me dio tiempo a avisarte... — balbuceó la chica que se encontraba al borde de un ataque de pánico.

—Calma, calma... — dijo Travis acariciándole el pelo con su brazo sano. — Ya ha pasado todo. Es increíble como has actuado. Increíble. Estoy muy orgulloso de ti. Eres muy valiente.

Durante unos segundos se abrazaron en silencio. Entonces Claudia se separó de forma abrupta, todavía con lágrimas en los ojos.

—Hay que actuar rápido. Tenemos que amputar ese brazo o la infección se extenderá.

—No, no — dijo Travis con gesto tranquilizador y una sonrisa. — Nuestros caminos se separan aquí. Coge ese bote y cruza el lago. Mi objetivo era traerte hasta aquí y lo he cumplido.

—¿Pero de qué demonios hablas? — preguntó Claudia con rostro de absoluta incredulidad.

— Me has explicado mil veces lo que hay que hacer en estos casos. ¡No podemos perder tiempo!

—Sí, pero no te enseñé para que practicaras conmigo — sonrió Travis. — No puedo cuidar de nadie así. No podría cuidar ni de mi mismo. No merece la pena seguir en estas condiciones. Sería solo una carga. Aquí termina mi viaje Claudia. Es lo mejor, creeme.

—Pero, ¿qué estás diciendo? Tú has cuidado de mí todos estos años, ¿y ahora me niegas la oportunidad de hacer lo mismo por ti? Eres un egoísta. ¿No somos un equipo? Además, si ese sitio al otro lado del lago es tan seguro como me has contado no necesitarás ese brazo. Podrás aprender a disparar con la izquierda — hizo una pausa y al ver que Travis no respondía ni parecía entrar en razón prosiguió. — Mira, si no quieres seguir viviendo puedes aprovechar cualquier momento que no esté delante para volarte la tapa de los sesos, pero no voy a permitir que me hagas cargar el resto de mi vida con la culpa de que pude haberte salvado y no lo hice. ¡No puedes! ¿Entiendes? ¡No es justo!

Travis sacudió la cabeza. ¿Por qué le importaba tanto lo que ella pudiera pensar? ¿Por qué se sentía tan mal al decepcionarla? Siempre había rehuido acercarse a los demás. Su fuerza había estado siempre en el individualismo, en no dejarse arrastrar por nadie. Sin embargo allí estaba, con su destino completamente ligado al de aquella muchacha tozuda.

—No podemos perder más tiempo. Hay que hacerlo ya — dijo mientras cogía el hacha que colgaba en el exterior de la mochila de Travis. — Coloca el brazo sobre el borde del bote o te lo corto así, tal como estás. Tú eliges.

Travis la miró unos segundos con gesto malhumorado. Finalmente se incorporó con dificultad y colocó el brazo sobre el borde del bote, tal como le había pedido.

—¡Maldita cabezota...! Corta por encima del codo. Intenta hacerlo de un solo tajo, como cuando cortas leña — dijo antes de coger una rama del suelo y colocársela en la boca, mordiéndola con fuerza. Luego cerró los ojos.

Claudia se acercó con el hacha entre las manos. Estaba muerta de miedo y no sabía si iba a ser capaz de lograrlo, pero debía intentarlo y no podía perder ni un solo segundo. Levantó el hacha sobre su cabeza y la dejó caer con fuerza. Travis sintió un dolor indescriptible y mordió la rama con tremenda fuerza hasta casi partirla, ahogando con ello un grito que se convirtió en una especie de bramido como el de una bestia moribunda. Abrió los ojos y vio que su brazo estaba a medio cortar, derramando manantiales de sangre. Un instante después Claudia volvía a levantar el hacha, por lo que cerró los ojos de nuevo. El segundo tajo dolió algo menos. Cuando volvió a mirar el brazo ya no estaba en su sitio. Reposaba en el suelo al lado del bote. Una debilidad le envolvió por completo mientras empezaba a verlo todo borroso y perdió el conocimiento.

Despertó más tarde, incapaz de saber si había pasado un minuto o varias horas. Su cinturón estaba colocado alrededor del muñón a modo de torniquete. El dolor era insoportable, por lo que volvió a perder el sentido.

Le despertó un delicioso olor a carne asada y de nuevo fue incapaz de saber cuánto tiempo había transcurrido. A través de sus ojos vidriosos distinguió a Claudia junto a una hoguera varios metros delante de él. El brazo le seguía doliendo terriblemente, pero ahora el dolor era diferente. Le quemaba como si se encontrara metido dentro de aquella hoguera. ¿Estaba Claudia asando su brazo amputado? Alguna vez había leído que las personas que perdían una extremidad la seguían sintiendo incluso mucho tiempo después. Lo llamaban el *síndrome del miembro fantasma*. Volvió a perder el conocimiento.

Cuando despertó de nuevo, Claudia le estaba sujetando la cabeza con un brazo mientras en la otra mano tenía una botella con la que le daba de beber. Estaba sediento y en su ansia se atragantó y empezó a toser con fuerza. Tuvo que hacer varios intentos hasta que finalmente pudo

ingerir el líquido.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí? — preguntó con dificultad.

—Dos días.

—¿Dos días? — repitió aturdido. Le costaba pensar con claridad — Para mí ha sido mucho menos...

—Pues me has dado mucho trabajo. Delirabas. Hablabas en sueños. Tenías pesadillas todo el tiempo. No sabía qué hacer.

Travis miró su brazo. Ya no tenía el torniquete y el muñón había sido cauterizado con fuego. Le seguía doliendo horrores, pero el dolor ya no era tan intenso como durante aquellas primeras horas. Era difícil asimilar la visión de aquel brazo terriblemente mutilado. Le iba a costar mucho acostumbrarse a su nueva situación. Volvió a recostarse sin fuerzas.

—Necesito que te levantes. Has perdido mucha sangre. Si nos quedamos aquí, no sobrevivirás. Necesitamos llegar a la otra orilla del lago y encontrar a alguien que nos ayude. Te estás debilitando a cada hora que pasa. Necesitas atención médica, cobijo y una cama.

Travis dejó caer la cabeza hacia su derecha y vio que Claudia había conseguido arrastrar el bote hasta la orilla, dejándolo listo para la marcha. Intentó incorporarse, pero no tenía fuerzas. Entonces Claudia le cogió de la mano y tiró hacia delante. Con su ayuda consiguió quedar sentado sobre la arena. Luego apoyando su brazo izquierdo sobre el suelo consiguió colocarse de rodillas y posteriormente levantarse. Se sentía débil y mareado, le temblaban las piernas y parecía que en cualquier momento podía volver a desmayarse. Como si leyera su pensamiento, Claudia se colocó a su izquierda y pasó el brazo de Travis por encima de sus hombros. Apoyado en la muchacha se sintió mucho más seguro y empezaron a caminar. Cuando llegaron al bote se apoyó en el borde y prácticamente se dejó caer dentro totalmente exhausto. La muchacha se colocó tras el bote y empezó a empujarlo. La pendiente le ayudó a moverlo sin mucha dificultad hasta el agua a pesar del peso extra de Travis. En cuanto el morro de la embarcación tomó contacto con el agua, dio un salto al interior. Empujó con uno de los remos en la arena para terminar de desencallar el bote y luego empezó a remar. Nunca lo había hecho, por lo que le parecía que la barca apenas se movía. Sin embargo poco a poco se fueron alejando de la orilla.

EPÍLOGO

Dos mujeres de unos cincuenta años se encontraban lavando la ropa a la orilla del lago cuando vieron que un pequeño bote se acercaba. Se miraron la una a la otra con extrañeza, pues no había salido nadie del pueblo esos días, y por tanto, solo podía tratarse de algún extraño. A unos doscientos metros, un hombre barbudo y grueso mataba el tiempo pescando sobre unas rocas mientras llevaba a cabo su turno de vigilancia. Al ver acercarse el bote pensó en dar la voz de alarma, pero en el interior solo se apreciaba la silueta de una mujer que manejaba los remos con dificultad. No parecía representar ninguna amenaza.

Los tres habitantes del pueblo permanecieron mirando con curiosidad como el bote se aproximaba lentamente a la orilla. Una vez allí, la chica saltó de la embarcación y la empujó con enorme esfuerzo hasta conseguir que quedara atorada en la arena. Luego se acercó de nuevo al bote y se agachó sobre el interior del mismo. En cuanto vieron que ayudaba a incorporarse a un hombre cuyo aspecto y forma de moverse denotaba estar gravemente herido, tanto las mujeres como el pescador corrieron hacia ellos.

FIN

SURGIERON TRAS LA TORMENTA

FRANK MARA